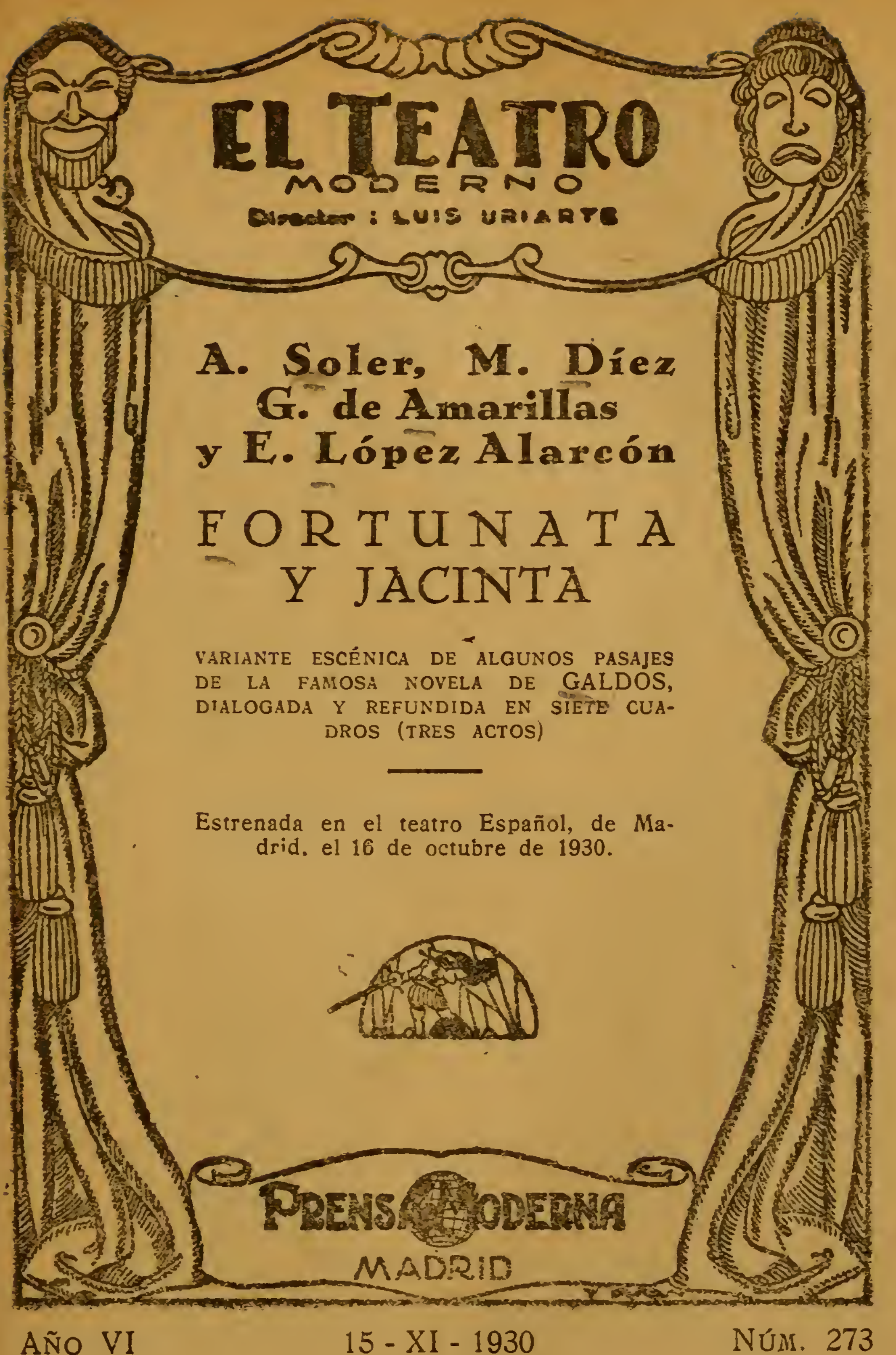
EL TEATRO MODERNO

B P GALDOS

SOLER, AMARILLAS y ALARCON

FORTUNATA y JACINTA



A. Soler, M. Díez G. de Amarillas y E. López Alarcón

FORTUNATA Y JACINTA

VARIANTE ESCÉNICA DE ALGUNOS PASAJES DE LA FAMOSA NOVELA DE GALDOS, DIALOGADA Y REFUNDIDA EN SIETE CUADROS (TRES ACTOS)

Estrenada en el teatro Español, de Madrid, el 16 de octubre de 1930.

AÑO VI 15 - XI - 1930 NÚM. 273





A. Soler



G. de Amarillas



López Alarcón

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Fortunata...	*Margarita Xirgu.*
Jacinta...	*Florentina Santaularia.*
Doña Lupe...	*Pascuala Mesa.*
Guillermina...	*Eloísa Vigo Muro.*
Mauricia «la Dura»...	*Julia Pachelo.*
Papitos...	*Pilar Muñoz.*
Doña Barbarita...	*Joaquina Bofill.*
Sor Natividad...	*Mimí Muñoz.*
Sor Marcela...	*Joaquina Bofill.*
La madre superiora...	*Carlota Alonso.*
Patricia...	*Porfirita Sanchiz.*
Aurora Samaniego...	*Pilar Muñoz.*
Severiana...	*Mimí Muñoz.*
Vecina 1.ª...	*Porfirita Sanchiz.*
Vecina 2.ª...	*Carlota Alonso.*
Maximiliano Rubín...	*Alfonso Muñoz.*
Juan Santa Cruz...	*José Bruguera.*
Plácido Estupiñá...	*Fernando Venegas.*
Don Nicolás...	*Alejandro Maximino.*
Don Baldomero...	*Luis Alcaide.*
Ido del Sagrario...	*José Cañizares.*
Moreno Isla...	*Miguel Ortín.*
Olmedo...	*Fernando Porredón.*
Leopardi...	*Mario Barraycoa.*
Portero...	*Juan de Ibarra.*

Cuadros: Primero, *La compra del Pituso*. Segundo, *Doña Lupe la de los Pavos*. Tercero, *El convento de las Micaelas*. Cuarto, *El marido y don Juan*. Quinto, *Severiana y Mauricia «la Dura»*. Sexto, *Guillermina virgen y fundadora*. Séptimo, *Maxi reside en las estrellas*.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Es de día. Comedor «de reserva», espacioso y bien puesto, en casa de la familia Santa Cruz. Al foro, cerca del ángulo de la izquierda, puerta grande, practicable, que da a un pasillo. Matando el rincón de la derecha, chimenea con lumbre. A la derecha, un balcón; a la izquierda, puerta practicable que da a habitaciones de la casa. Donde haya lugar, un velador que en momento oportuno será necesario. Muebles y detalles de la escena, del año 1890. Cuando ha subido el telón llega por el foro doña Barbarita, recelosa, y cuando ve que por el pasillo se acerca Plácido Estupiñá, le llama sigilosamente. Llega Plácido Estupiñá, hombre de edad avanzada; preséntase con una capa vieja, sombrero parecido a los cordobeses, pero de ala más reducida y copa más baja, y en pantuflos; más que estrenar ropa y calzado, parece vestirse y calzarse con lo que buenamente le dan.

ESTUP. Me ha parecido que me llamaba usted, mi señora doña Barbarita...

BARB. Hace un rato que estoy diciéndote por señas que vinieras para acá, y tú, como si no. Te tengo encargado que vigiles al niño, que me des cuenta de lo que hace, de los sitios adonde va, de con qué amigos se reúne... ¿Qué has averiguado? ¡Habla! ¡Di!... ¡Cuenta!...

ESTUP. Sé que el niño, hasta antes de casarse, ha sido un peine, lo que se dice un peine; pero, de casado, lleva una vida ejemplar.

BARB. ¿Ejemplar? Pues él sigue trasnochando... Ahí le tienes ahora mismo con un catarro que ha sido un pasmo por recogerse de madrugada. ¡Vamos, habla!

ESTUP. No sé más sino que Juanito, hasta antes de casarse, tuvo sus trapicheos. Pero no le culpemos a él; la culpa de todo ha de caer sobre su amigo Villalonga. Pocos días antes de casarse el niño les vi con...

BARB. ¿Mujeres?

ESTUP. *(Corroborando lo que denuncia con dos dedos*

muy tiesos.) ¡Dos, señora, dos; Eran de estas de mantón pardo, delantal azul, buena bota y pañuelo a la cabeza... Un par de reses muy bravas... ¡pero que hasta ahí!

BARB. ¡No me gusta que te entusiasmes!

ESTUP. Perdóneme, señora. Era para dar más colorido a la descripción.

BARB. ¡Chits, que vienen! *(Cambiando de conversación.)* ¡A ver si haces bien todos los encargos! ¿Qué hay en la plaza?

ESTUP. ¡Un núcleo de cosas! ¡Señora, cómo está hoy el mercado de caza! *(Llega por el foro Jàcinta con platos, mantel, servilleta, etc. Acerca el velador a la chimenea y va preparándole la mesa a Juan. Estupiñá hace mutis por foro con doña Barbarita.)*

JACIN. *(Acercándose a la lateral izquierda.)* ¡Juan, a comer, que ya es razón, hijito! *(Sale de dicha lateral Juan Santa Cruz, muy abrigado, y se sienta junto a la chimenea.)*

JUAN ¡Gracias a Dios que alguien se acuerda de mí! ¡Me tenéis abandonado!

JACIN. ¡Pobrecito él, que le tienen abandonadito!... ¡Nadie viene a verle; nadie le quiere ya!... Pero su mujercita, sí, y su mujercita le ha traído una comidita que le va a gustar mucho... ¿Verdad, riquín?... ¿Quién me *quiele* a mí?

JUAN *(Como chiquillo mimoso.)* Tu nenito.

JACIN. ¿Y me *quiele* mucho mi nenito?

JUAN *Chí.*

JACIN. Pues a demostrármelo comiéndote esto.

JUAN ¡Cuatro chuletas!... ¡Ay, nena! Si me atrevo con una será todo lo del mundo.

JACIN. ¡Claro; con ese catarrazo! Mientras tú comes, yo trabajaré y charlaré con la santita. Voy a llamarla. *(Sale al balcón y simula llamar con unos golpecitos en la casa de al lado.)* ¡Guillermina!... Soy yo... Sí... Pásese con la labor. *(Vuelve al lado de Juan, saca del bolsillo de la bata una camisita como para un chiquillo de tres años, cuya confección hubo de interrumpir al llevarle la comida a Juan, y reanuda la costura.)*

JUAN ¿Qué haces?

JACIN. Ya lo ves: una camisita.

JUAN ¿Cosa de muñecas?

JACIN. De muñecos. De muñecos... de carne y hueso.

JUAN ¿Cómo?... ¿Qué?

JACIN. Que es para un muñeco de carne y hueso. ¿No podemos nosotros tener uno?...

JUAN ¡Como poder!... ¡Vaya; estás de broma! ¡Siempre con tu manía de tener hijos! Ya vendrán, nena, ya vendrán. Mira: diez años se pasó mi madre suspirando por mí, y ya ves; al fin vine yo al mundo tan salado y tan rico.

JACIN. *(Que a la evocación del hijo que desea se ha entristecido.)* ¡Diez años! ¿Y hemos de aguardar tanto a que Dios nos dé un hijo?...

JUAN ¡Claro!... ¿Qué remedio?... Aguardar. Y ya sabes el refrán: «Pon los medios y Dios te ayudará»... Y los medios, nena, se ponen...

JACIN. ¡Tonto!

JUAN Ya vendrá ese hijo que tú deseas, Jacinta, ya vendrá. *(Campanillazo en el interior, que se supone sea en la puerta de la calle.)*

JACIN. Voy a ver quién es. *(Sale foro Jacinta con dirección a la derecha.)*

JUAN ¡Un hijo!... ¡No vive pensando en un hijo!

JACIN. *(Vuelve a entrar Jacinta con una tarjeta en la mano. Leyéndola.)* «José Ido del Sagrario, corredor de publicaciones nacionales y extranjeras...»

JUAN ¡Ah, sí. Dile que pase. Es el loco más delicioso que puedes imaginarte. *(Sale Jacinta y vuelve a entrar precediendo a Ido, hombre muy flaco, de cara enfermiza y toda llena de lóbulos y carúnculas, los pelos bermejos y muy tiesos, como crines de escobillón; la ropa prehistórica y muy raída, corbata roja y deshilachada, las botas muertas de risa. En una mano trae el sombrero y en la otra un lío de carteras-prospectos para hacer suscripciones a libros de lujo. Jacinta, mientras escucha, sigue cosiendo la camisita.)*

JUAN ¡Hola, señor Ido!...

IDO *(Sentándose.)* Con su permiso, mi señor don Juan Santa Cruz. ¿Quiere usted mujeres célebres?

(Jacinta se alarma.) Mujeres de la Biblia... Cortesanas... Persecuciones religiosas... Hijos del trabajo... Grandes inventos... Dioses del paganismo...

JUAN Basta, basta... No me gustan los libros por entregas.

IDO Por mi comisión, señor Santa Cruz.

JUAN Otro día... ¿Quiere usted una copita?

IDO ¡Yo no bebo nunca!

JUAN ¿No?... Pues el otro día estaba usted un poco alegre.

IDO Eléctrico nada más. Yo no me emborracho nunca. Si alguna vez me obligan a beber, me entra una excitación..., me pongo echando chispas, porque se me suele mover el párpado izquierdo. *(Abriendo y cerrando el ojo con titilación nerviosa.)* ¿Ve usted? ¡Ya está la función armada! Los médicos me dicen que coma carne... ¡Ilusiones!... Bueno, y por una rara casualidad la como, y me pongo como el muelle de un reloj.

JACIN. Señor Ido, ¿se comería usted una chuletita?

IDO Perdóneme usted, señora. Mi cabeza no puede apreciar bien. He perdido la memoria. ¿A qué le llama usted chuletita?... ¿Por ventura lo que usted llama así es un pedazo de carne con un rabito que es de hueso?

JACIN. *(Dándole un plato en que hay dos chuletas.)* Justo; coma usted.

IDO Mil... y mil cuatrillones de gracias, señora. *(Deja en el suelo las carteras y mete el diente a una chuleta con risa nerviosa. Cuando ha terminado de comer una envuelve la otra en un papel y la guarda en un bolsillo.)*

JUAN *(A Jacinta.)* Aquí, donde le ves, tiene por esposa a una de las mujeres más guapas de Madrid. *(Aparte.)* (Ahora verás lo bueno.)

IDO *(Excitándose.)* ¡Mi mujer!... ¡Nicanora!... *(Descompuesto.)* Sepa usted, señora..., que mi mujer falta a sus deberes, que ultraja mi honor con un duque, grande de España... Mi mujer es ¡aduuuuuuúltera!... Pero yo haré justicia... Y enseñaré mis manos manchadas de sangre a los

maridos y les diré: «¡Aprended de mí, maridos engañados!... ¡Venid a besar mis manos!...» Y vendrán... Y aquello será un besamanos... Porque... ¡Hay tantos!... ¡Tantísimos!...

JACIN. *(A Juan, aparte.)* (¿Es guapa?)

JUAN (Vieja y más fea que un chucho.) *(Deseando poner fin a la escena.)* Dale un duro.

JACIN. *(Dándoselo.)* Tome, y tranquilícese.

IDO Señora...

JUAN *(Levantándose.)* Voy a escribir unas cartas. Adiós, señor Ido. *(Vase lateral izquierda, e Ido se dispone a salir foro. Cuando Juan ha desaparecido, Ido vuelve sobre sus pasos y dice, misterioso, a Jacinta.)*

IDO Traigo para usted un encargo.

JACIN. *(Extrañada.)* ¿Para mí?

IDO De Platón... De mi compadre Pepe Izquierdo.

JACIN. *(Muy interesada.)* ¡Ah!... ¿Del señor Izquierdo?

IDO Justo: el tío de la Pitusa..., de Fortunata. Le llamamos Platón porque come en un plato muy grande. El encargo es respective al Pituso, al chico de la sobrina.

JACIN. ¿Qué?... ¿Qué?... Diga.

IDO Me encargó mi compadre que viese la manera de decir a usted que no tiene inconveniente en entregarle el chico... por diez mil reales. Está muy gordito, señora; le han tratado muy bien.

JACIN. ¡Diez mil reales!... Bueno... Dígale que esta tarde iré con la señorita Guillermina a su casa.

IDO Bien. A la disposición de usted. *(Vase foro y Jacinta le acompaña. Vuelve a escena Jacinta y queda pensativa. Oyese rumor de gente que se acerca. Llegan por el foro Moreno Isla, hombre elegante, exquisito, de treinta años, que por residir habitualmente en Londres habla con marcado deje de extranjería; don Baldomero y doña Barbarita, padres de Juan. Doña Barbarita se presenta haciendo media. Al dirigirse todos hacia la puerta ven a Jacinta y entran al comedor. Campanillazo dentro. Barbarita acude a abrir. Aparecen Guillermina y Estupiñá. Guillermina viste de negro y como persona de regular posición*

económica; usa gafas y toquilla y trae bajo el brazo un cestillo de labor. Habla y se produce cual persona que tiene gran confianza con los de la casa. Representará cuarenta años, su pelo será algo canoso, su aspecto, beatífico, y toda ella una cosa gris: ni guapa ni fea, ni alta ni baja. Cuantos bolsillos tiene la ropa de Estupiñá—y son muchos—están llenos de líos y paquetes que Plácido ha adquirido en las tiendas, y como los bolsillos no le bastan a contener cuanto compró, cuando le ayudan a desembozarse aparece embarazado con ocho o diez bultos más que, como puede, lleva aprisionados.)

MORE. ¡Si es mi tía!

JACIN. *(Acude a recibirla con un abrazo y aprovecha para decirla aparte.)* (Tenemos que hablar. Por diez mil reales me da el chico.)

GUILL. *(A todos.)* Sí, señores, soy yo. *(Se pone a cuchichear con Jacinta aparte.)*

ESTUP. Felices, señores. *(Va colocando los paquetes sobre la mesa.)*

BALD. ¡Hola, gran Estupiñá!

MORE. ¿Qué tal va ese corretaje?

ESTUP. Mal, mi señor Moreno Isla. He tenido que dejarlo. Para correr artículos de mercería se necesita andar mucho y mis piernas ya no resisten.

MORE. ¿Y qué haces ahora?

ESTUP. ¡Un «núcleo» de cosas! Me levanto temprano, despierto al sacristán de San Ginés, oigo allí dos misitas, otras dos en Santa Cruz; hago después la compra y los encargos de doña Barbarita, y en mis ratos de ocio me leo un tomo atrasado del «Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Lugo», que ha parecido, no sé cómo, por casa.

MORE. ¡Cuatro misas; qué barbaridad! Te conocerán ya los santos.

BALD. Les trata con mucha confianza. Yo le he visto despedirse de San Bartolomé haciéndole así con la mano *(Ademán de saludar.)*, como se saluda a un amigo. *(Ríen todos menos Guillermina y Jacinta, que siguen hablando en voz baja.)*

GUILL. *(Levantándose. A todos.)* ¡Cuánto celebro, seño-

res, oírles reír así! La risa es un don del cielo.

MORE. ¡Adiós! Esta rata eclesiástica de mi tía complica al cielo en su conversación... ¡Sablazo seguro, señores; sablazo seguro!

GUILL. ¡Cállate, roñoso, recocho en dinero, que todos saben lo avariento que eres.

MORE. ¡Pero si me está arruinando!

GUILL. Esta mañana le pedí unos carros de cascote de sus derribos y me los negó. Guárdate tus carros, que ya te los pondrán en la balanza el día del gran saldo final.

MORE. Con ponerme en el otro platillo los perros grandes y chicos que me has sacado, me salvo.

GUILL. No lo esperes si no me envías esos carros.

MORE. ¿Cuántos te hacen falta?

GUILL. Tres.

MORE. Te mandaré cinco.

GUILL. Tú tienes buen corazón. ¡Cae, cae el maná! ¡El asilo es un hecho!

MORE. Por supuesto, que si ese asilo no se edifica pronto, yo termino pidiendo limosna. Hasta la noche, señores. *(A Guillermina.)* Espérame a almorzar, ratita.

BALD. Salgo con usted. *(Salen foro Moreno Isla y don Baldomero.)*

BARB. *(Examinando los paquetes.)* ¿Qué traes aquí?

ESTUP. Un núcleo de cosas.

BARB. *(Por un paquete.)* ¿Y esto, qué es?

ESTUP. Canela. ¡Esto es canela!

BARB. Yo no te la había encargado.

ESTUP. Nunca está de más. Un arroz con leche..., unas natillas... *(Por otro paquete.)* Orejones... ¡Qué ricos!... Y esto, un tarro de miel.

BARB. ¿Y para qué traes orejones si sabes que no me gustan?

ESTUP. ¡No diga usted eso donde la oigan! ¡Que no le gustan los orejones!

BARB. Ni la miel.

ESTUP. Vamos, ¿pues no dice que no le gusta la miel?... ¿Ni en torrijas?

BARB. Ni en torrijas. Y lo sabes tú hace treinta años. Lo

que pasa es que siempre compras lo que te gusta a ti.

ESTUP. ¡María Santísima!

BARB. Anda; tráete todo eso para la cocina. *(Vase ella. Estupiñá saca de un paquete dos orejones, uno de los cuales se come saboreándole y otro guarda en un bolsillo. Después sigue a Barbarita con los paquetes en el vuelo de la capa.)*

GUILL. Tú harás lo que quieras, pero diez mil reales es mucho dinero. Ese Izquierdo es un vago que quiere explotarte. Le conozco y le he echado los tiempos más de cuatro veces. Anteayer, cuando fuí a explorar el tereno para esto del chico, ese bigardón de Izquierdo se arrancó pidiendo por el angelito mil duros; luego se conformaba con un destino...; después, con una portería.

JACIN. Le daremos los diez mil reales.

GUILL. ¿Tú estás dispuesta a entregar los diez mil reales? Pues bien; yo voy a sacarle el chico por cincuenta duros, y el resto para mi asilo. ¿Conformes?

JACIN. Sí; pero, ¡por Dios!, que el niño quede mañana en casa de mi hermana Benigna.

GUILL. Mañana estará allí. Pero... ¿estás tú segura de que ese niño es hijo de Juan?... ¿Te ha confesado él?...

JACIN. Todo. Yo sabía que antes de casarnos había tenido un... un...

GUILL. Un lío, hijita, un lío; llámalo por su nombre.

JACIN. Una vez quería yo conocer todo su pasado...

GUILL. Eso es muy de mujer. Sigue.

JACIN. Mientras nuestro viaje de novios, le hice cantar de plano, sobre todo una noche en que un inglés le hizo beber en Sevilla más manzanilla de la cuenta. Me dijo que la había conocido en casa de Estupiñá, cuando Plácido estaba enfermo. Una tarde fué Juan a visitarle y encontró a aquella mujer en la escalera sorbiendo un huevo crudo... ¡Vamos, que enamorarse de una mujer que sorbe huevos crudos!...

GUILL. ¿Por qué no, hija? El amor encuentra poesía hasta en la cebolla.

JACIN. Ella vivía en la misma casa que Estupiñá con una tía suya que vendía aves y huevos, hermana de ese Izquierdo... La llamaban la Pitusa.

GUILL. ¡Jesús me valga!

JACIN. Bueno, pues Juan la sacó de allí y la llevó a la Concepción Jerónima, a casa de Izquierdo, un sinvergüenza que pasaba por todo con tal que se lo pagasen bien. Un día, este sujeto vino a decir a Juan—Juan ya había terminado con ello— que aquella mujer estaba... ¿Cómo le dijo?... ¡Ah, ya! «Cambrí»...

GUILL. ¿«Cambrí»?

JACIN. Sí; «cambrí»... de cinco meses. Supongo yo que sería...

GUILL. Bien claro está.

JACIN. Luego, esa mujer desapareció... Y no se ha vuelto a saber de ella... Sí; el niño es suyo y del «golfante» de mi marido. ¿Usted no ha observado cómo se parece a Juan?...

GUILL. Hija, la verdad, no.

JACIN. ¡Pero si es su retrato! ¿Se ha fijado usted cuando ríe?... ¿Se ha fijado cuando llora?

GUILL. Es que yo no he visto llorar a tu marido.

JACIN. ¡Le digo que es su retrato! ¡Y más malo!...

GUILL. ¿Y dices que la madre de Juan también lo ha visto?

JACIN. ¡Y se lo comía a besos!

GUILL. ¿Y también encuentra que se parece a tu marido?

JACIN. Lo mismo que yo...

GUILL. *(Levantándose y riendo.)* ¡Ea! Me paso a mi casa. Luego me darás eso para llevárselo a Izquierdo. Adiós. *(Sale foro acompañada de Jacinta. Mientras está Jacinta fuera reaparece Juan con algunas cartas en la mano. Entra de nuevo Jacinta.)*

JACIN. ¿Terminaste ya de escribir?

JUAN Sí. *(Jacinta reanuda la confección de la camisita.)* Pero ¿quieres decirme por qué no se te caen de las manos esas cosas desde hace algunos días?

JACIN. Es que corren prisa, hijito...

JUAN ¡Vaya!... Son para un muñeco, ¿verdad?

JACIN. Justo; de carne y hueso. Para un muñeco nuestro..., tuyo...

JUAN ¡Jacinta, esas bromas, no!

JACIN. Te advierto que te hablo muy formal.

JUAN ¿De verdad? Pero es que me has dicho que para muy pronto..., y eso... no puede ser... o yo ando mal de la vista... ¡Háblame en serio!

JACIN. Siéntate aquí, junto a mí. *(Se sienta.)* Vamos a ver si mi maridito es capaz de decirme la verdad, la verdad, ¿eh?, de una cosa que ocurrió hace años.

JUAN Pregunta.

JACIN. Tú me has contado una historia... Una historia que terminó en que un hombre, Pepe Izquierdo...

JUAN ¡Jacinta!

JACIN. Que me lo tienes que contar todito. ¡Si no, no te dejo vivir!

JUAN Pero ¿qué quieres tú saber, curiosa, feúcha, fisgona?

JACIN. Todo. ¿Sabes? ¡Todo!

JUAN Pues te lo voy a contar para que me quieras más.

JACIN. ¿Más? ¡Qué gracia! ¡Eso sí que es difícil!

JUAN Arréglame antes este almohadón... Así... Más alto... No, más bajo...

JACIN. Ya está... ¡Infame!

JUAN Jacintilla, niña de mi corazón, que estoy malito. Ten más paciencia y hazme muchos mimos. ¡Ya no haces caso al sinvergüenza de tu marido!

JACIN. Celebro que te conozcas. Habla.

JUAN ¡Pero nena!... ¿Por qué me obligas a decir lo que yo quiero olvidar, si con sólo recordarlo paréceme que no merezco este bien que hoy poseo, tú, niña mía?

JACIN. Pero, tontín. Si lo deseo saber para reírme, nada más que para reírme. ¿Qué creías tú, que me iba a enfadar? ¡Ay, qué bobito! No; es que me hacen gracia tus calaveradas. Anoche pensé en ellas... y aun soñé un poquito con la del huevo

crudo..., y la tía, y el mamarracho del tío... *(Pausa.)* ¿Era guapa?

JUAN ¡Oh, sí! Un animalito muy mono, una salvaje que no sabía leer ni escribir... Pero era buena. Buena como lo es el pueblo, que todo se lo cree con tal que se lo digan en palabras finas.

JACIN. ¿Y te quería?

JUAN ¿Por qué, si no, se perdió por mí? ¡Si la mando echarse al fuego, al fuego se echa de cabeza!

JACIN. ¿Di... ces... que... era... guapa?

JUAN ¡Sí! Fortunata tenía los ojos ¡como dos estrellas! Una boca muy linda que se comía muchas letras al hablar. Y toda ella muy bonita, ¡muy bonita! Pregúntaselo a Estupiñá.

JACIN. *(Pudorosa.)* ¿Tardaste mucho en conquistarla?

JUAN Cuestión de pocos días. En el pueblo, hija, los procedimientos son breves. Ya ves cómo se matan. Pues así son para el amor. Un día le dije: «Si quieres probarme que me quieres, huye conmigo.» La respuesta fué coger el mantón y decirme: «¡Vamos!»

JACIN. ¿Y la engañaste?... ¡Qué hombres!... ¿Y aquella tonta no te sacó los ojos cuando se vió chasqueada? ¡Si hubiese sido yo!

JUAN Tú tampoco me los hubieras sacado, porque me quieres como ella me quería.

JACIN. ¡Que sí, pillo!... Vaya, no quiero saber más de esa mujer. *(Pausa.)* Oye: me parece que has dicho alguna vez que esa Fortunata... era... huevera..., ¿no? *(Juan contesta con ademán afirmativo.)* Y... y... ¿Y no hubo por ahí algún hueverito?

JUAN ¡Jacinta, basta!

JACIN. ¿Sí o no?

JUAN Sí.

JACIN. Ya lo sé. Un hueverito... que yo he encontrado...

JUAN *(Estupefacto.)* ¿Cómo?... ¿Qué?...

JACIN. Que yo he encontrado a tu hijo. Y puesto que está abandonado porque nadie sabe dónde se encuentra su madre..., y su padre tiene el alma...

¡Bendito Dios!... De no preocuparse de ese angelito..., yo he conseguido que ese señor Izquierdo me lo entregue a cambio de una cantidad...

JUAN (*Levantándose, emocionado, y abrazando a Jacinta.*) ¡Te han engañado! ¡Te han dado un timo!

JACIN. ¡Por Dios, no me digas eso!

JUAN Ese Izquerdo te ha engañado... (*Recapacitando.*) Pero Izquierdo es muy bruto para urdir esto... ¡Ah, esto es idea del señor Ido! Sí... Sí...

JACIN. Juanín es tu hijo. (*Llorando.*) ¡No me lo niegues!

JUAN Te juro que no. ¿Sabes de quién es ese niño? De una hijastra de Pepe Izquierdo que se llama Nicolasa.

JACIN. (*Apenada.*) ¿Y el parecido?... ¿Por qué se parece a ti?

JUAN ¿A mí? Te lo habrás figurado tú. A esa edad un chiquillo se parece a quien queremos que se parezca. Te engañas, nena.

JACIN. Y tu madre, que dice que ese niño es tu retrato de pequeño, ¿también se engaña?

JUAN Pero ¿ha visto mi madre a ese niño?... ¡Que venga mi madre! ¡Que venga! (*Vase Jacinta gimoteando.*) ¡Que se parece a mí el chico de la Nicolasa!... Pues, señor, bien sabe Dios que no hay por qué. (*Vuelve a entrar Jacinta precediendo a doña Barbarita, que llega haciendo media.*)

BARB. ¿De modo que ese niño no es hijo tuyo?

JUAN No, mamá. Te lo juro. Mi hijo, si viviera, tendría la misma edad que ese. De esto se han aprovechado para idear el timo.

JACIN. Si viviera... ¿Luego murió?

JUAN Sí.

BARB. Tú nos engañas. Ese niño es tuyo. ¿Por qué se parece a ti tanto? ¡Si sois dos gotas de agua!

JUAN ¡Que no puede parecérseme, mamá!... Sentaos aqui. (*Se sientan las dos junto a él. A Jacinta.*) ¿Recuerdas que hace unos tres años aproximadamente una tarde me trajo un hombre muy mal fachado una carta... una carta que me entregaste

tú misma y que yo te dije que era de la madre del pobre Valledor, que me pedía una recomendación para el alcalde?

JACIN. *(Después de recordar.)* Sí.

JUAN ¿Recuerdas que apenas recibí la carta salí a la calle?

JACIN. Sí.

JUAN Fuí a una casa de la calle de Hortaleza, y ella, Fortunata, estaba allí.

JACIN. ¿Volvía a Madrid?...: ¿Te llamaba? ¿Te escribía?

JUAN Hizo que me escribieran. Había llegado con... mi hijo y con un hombre..., no sé quién era... Uno que vivía con ella. Llegar y ponerse malo el niño, fué todo uno. Vióse la pobre en un trance muy apurado. ¿A quién acudir? Era natural, a mí. Yo se lo dije. Has hecho perfectamente. La más negra era que el garrotillo le cogió al pobrecito nene tan de filo, que cuando llegué..., cuando llegué el pobre niño estaba expirando.

JACIN. *(Muy interesada.)* ¿Y por qué no te avisó antes?

JUAN Eso le decía yo al verla hecha un mar de lágrimas.

JACIN. Sigue.

JUAN Y nada más. Todo lo que sigue es bien soso. Desde que se dió sepultura al pequeñuelo, yo no tenía otro deseo que ver a la madre tomando el portante. Puedes creerlo. Lo único que sentía era compasión por su desgracia, y no era floja: la de vivir con aquel bárbaro que la trataba muy mal y no la dejaba respirar. El tal, que era mercachifle, de esos que ponen puestos en las ferias, me atosigaba con sus exigencias y aun con sus amenazas, y no tardé en comprender que lo que quería era sacarme dinero. A enemigo que huye, puente de plata. Aflojé los cuartos a condición de que se habían de ir inmediatamente, y aquí paz y después gloria. Y se acabó mi cuento, niña mía. *(Jacinta queda pensativa.)*

BARB. Todo eso puede ser verdad; pero ¿y el parecido?

JUAN Pero ¿dudas todavía?

BARB. *(Después de una pausa.)* No, hijo. No puedo dudar de lo que me dices. Es que me cuesta trabajo creer... Es que no quisiera creer que no soy abuela...

BALD. *(A Barbarita.)* ¿Conque todo ha resultado como presumía yo?

BARB. Sí, Baldomero, sí... No somos abuelos todavía.

BALD. *(Apenado.)* ¡ Paciencia ! Yo ya me lo temía... Pero por si acaso..., ahora, al venir, entré en un bazar... *(Sacando de un bolsillo un envoltorio.)* ¡ Qué lástima, con lo que a él le habría gustado esto ! *(Desenvuelve el paquete y hace sonar un acordeón de juguete. Doña Bárbara y Jacinta lloran. Juan está conmovido y don Baldomero a punto de soltar el trapo.)*

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Es de día : gabinete con puerta al foro y laterales en casa de Maximiliano Rubín. La de derecha primer término conduce al cuarto de Maximiliano ; la del segundo término, al cuarto del clérigo Nicolás Rubín, su hermano ; la del foro, al vestíbulo de la casa ; la de la izquierda, primer término, a la alcoba de doña Guadalupe (por aféresis, doña Lupe), y la del segundo, al resto de las habitaciones de la vivienda. Mobiliario propio de gabinete modesto. No debe faltar una cómoda. Por las paredes algunos cuadros. Uno de ellos es un retrato al óleo del difunto esposo de doña Lupe, con uniforme de comandante de la Milicia Nacional, morrión en una mano, y en la otra, el bastón de mando. En el centro de la escena, una mesa camilla. Al alzarse el telón aparecen en escena doña Lupe y Milagritos. La primera es una mujer cincuentona, de agradable aspecto, ampulosas caderas y vestir chabacano. Dispuesta para salir a la calle, se toca con mantilla. Milagritos es una muchacha de dieciséis años, espigadita. Es la criada, y se presenta con las mangas remangadas, con un delantal que le llega hasta los pies y muy atusado el flequillo.

GUAD. Oye, Papitos.

MILAG. Mande vusté, doña Lupe.

GUAD. Si da la una y no he venido, das de almorzar al señorito Maxi y al señorito Nicolás.

MILAG. ¿Al cura también?

GUAD. Sí. Para principio, le pones al cura la merluza mala que trajiste esta mañana y que está apestando.

Le echas bastante sal y después le cargas de harina todo lo que puedas y la fríes. Ponle todas las tajadas, que se las embaulará sin enterarse de si está buena o no.

MILAG. Se comió anoche las chuletas de antiantiayer sin rechistar. Hay que icir a too amén—me dijo al acabar—. Sin comer no viven ni los camaliones.

GUAD. El sí que es un tiburón. Traga todo lo que le echan. Pero no va a comer aquí mucho tiempo de gorra. Para postre, ponle la orza de arrope, a ver si se acaba. Está fermentado y no hay quien lo pase.

MILAG. ¿Y al sito Maxi?

GUAD. De principio, dos chuletitas de ternera, las dos más grandes; y para postre le sacas las naranjas que trajiste esta mañana y la carne de membrillo que yo tomo. Conque a ver si lo haces todo al revés.

MILAG. Sí, señora, sí... Digo, no, señora, no. ¿Quié vusté algo más?

GUAD. Lo que quiero es que cuando vengas de la calle te restregues los pies en el limpiabarros...

MILAG. Si ya lo hago...

GUAD. En el limpiabarros del vecino. Todos los pisotones que le demos al nuestro de menos, eso iremos ganando. *(Vase.)*

MILAG. Hasta luego, doña Lupe. *(Vase Lupe por el foro y Milagritos segundo término izquierda. Por el primer término izquierda aparece Maximiliano. Representa este personaje unos veinticinco años y ha de caracterizarse de modo que sea mal conformado. Viste traje nuevo de hechura de bazar. Lleva una hucha en la mano y se dirige hacia la puerta del foro para cerciorarse de si se ha marchado doña Lupe. Cuando se cree seguro, comienza a sacar de la hucha monedas, auxiliándose de un cortaplumas. Por la puerta del segundo término aparece Milagritos. Al verla oculta Maximiliano la hucha.)*

MAXIM. ¿Qué buscas aquí?

MILAG. *(Enseñando medio palmo de lengua, guiñando un ojo y haciendo muecas.)* Vengo...

MAXIM. ¿A ver lo que hago, verdad?

MILAG. ¡Si ya lo sé!

MAXIM. ¿El qué?

MILAG. Encerrarse en su cuarto, ¡ay, olé!..., ¡ay, olé!, para que nadie le vea. Pero yo le he visto por el agujero de la cerradura, ¡ay, olé..., ¡ay, olé!, escribir a la novia.

MAXIM. ¡Quita allá, enredadora! *(Campanillazo dentro.)*

MILAG. *(Volviendo a sacar la lengua y haciendo mutis.)* ¡Feo! ¡Tonto! ¡Canijo, memo en polvo! *(Mutis foro.)*

MAXIM. ¡Cuidado que eres salvaje! *(Entra precipitadamente en su cuarto. Llegan por el foro Milagros y Mauricia «la Dura». Es este personaje, según lo describe Galdós, una mujer como de treinta años, bella y varonil, de faz napoleónica, con cejas rectas y prominentes ojos grandes y febriles, escondidos como en acecho bajo la concavidad frontal; pupila inquieta y ávida nariz romana, y la expresión, en fin, soñadora y melancólica. Lleva el pelo cortado y enmarañado y es característico en ella el rojo de su tez, como de dipsómana incorregible. Hablando es desenfadada, soez, ordinariota. Es corredora de ropas, alhajas y «efectos», y se presenta con un gran lío pendiente de un brazo.)*

MAURI. ¿De verdá ha salío doña Lupe?

MILAG. Ha salío, sí, señora; que ha salío. Mismamente ahora, antecito de llamar vusté.

MAURI. ¡Miá qué repijota! Bueno, la dices que ha estao aquí Mauricia «la Dura»...

MAXIM. *(Que sale de su cuarto.)* ¡Ah! ¿Es usted, Mauricia?

MAURI. En cuerpo y persona. Pos na, que he salío la semana pasá de las Micaelas, aonde me llevó esa beata de doña Guillermina porque me cogieron acogorzá, digo, accidentá en la calle, y que ya estoy corriendo otra vez ropas, alhajas y efetos, y que venía a ver si doña Lupe quié que la corra algo... Ya sé que te casas. M'alegro muchismo. Yo conozco a tu novia..., a la Fortunata... La vi en ca la Paca.

MAXIM. *(Atajándola.)* Fortunata fué a casa de esa mujer una vez... ; un apuro..., una necesidad...

MAURI. Me paice que fueron muchas necesidaes...

MAXIM. Pues serían ; pero Fortunata es honrada.

MAURI. *(Incisiva.)* ¡Pué que sí! Me dijo que vivía con la Feliciana. La Feli es parroquiana mía. ¡Buena púa está! Ahora ha enganchao a un amigo tuyo...

MAXIM. Sí ; Olmedo. En casa de ese amigo conocí a Fortunata. Ahora vive en la misma casa, pero en un cuarto de al lado que he alquilado yo.

MAURI. Como has heredao... Ya sé que se murió tu tía Melitona, la que vivía en Molina...

MAXIM. Heredaré, que no es igual. El milagro se ha hecho de otro modo.

MARC. ¿Y tu tía, qué? ¿Está conforme con la boa?

MAXIM. ¿Qué se me importa de mi tía ni del mundo entero? ¿No soy ya un hombre?

MILAG. *(Aparte, reprimiendo la risa.)* ¡Pos no dice que es un hombre!

MAURI. Y si no se conforma, dos trabajos tiene. Contri más que si la Fortunata tie parneses, amos al decir, dinero efetivo, como paice, a la tía se la figurará que te casas con Santa Rita de «Casa». *(Campanillazo dentro.)* ¿Será ella?

MILAG. *(Haciendo mutis foro.)* No es el llamar suyo. Voy a ver. *(Mutis.)*

MAURI. Yo me voy. Que m'alegro tantismo.

MAXIM. Gracias. *(Vuelve Milagros seguida de Olmedo. Este es un estudiante sempiterno de Farmacia, con pretensiones de calavera y corrido; en el fondo, un infeliz. Viste con descuido.)*

OLME. ¡Hola, Mauricia!

MAURI. Buenos los tenga usté, señor Olmedo. ¿Y la Feliciana, buena?

OLME. Bien ; en casa quedó.

MAURI. Dela usté ispresiones. Abur. *(Mutis foro, seguida de Milagros.)*

OLME. Tenemos que hablar, Maxi.

MAXIM. ¿De qué?... ¿Qué pasa?... ¿Ocurre algo? *(Retorna Milagros, que pretende escuchar.)*

OLME. Ocurre... Anda, Papitos; vete a la cocina. Allí creo que estás haciendo mucha falta.

MILAG. Ya me voy, ya. *(Mutis de Milagros por la izquierda, segundo término.)*

OLME. Tu tía se ha enterado de todo.

MAXIM. ¿Y por quién, si yo sólo te he dicho a ti?

OLME. Pero, por lo visto, yo tenía la otra noche cuatro copas de más y debí decírselo en secreto a Narciso Puerta, y ya sabes lo que es Narciso: un hombre incapaz de guardar un secreto ni a su padre. Puerta lo ha dicho en casa de las de Caña; las de Caña, con la mayor reserva, a las de Pacheco. Las de Pacheco, a las de Guzmán. Y las de Guzmán, creyéndose en el deber de preparar a tu tía, se lo habrán comunicado ya. Me lo han dicho después de hacerme jurar que no te diría una palabra. ¡Buena te la he armado sin querer! ¿Y qué piensas hacer?

MAXIM. Decirles: me caso con Fortunata; sí, señores, me caso. Sigo el impulso de mi conciencia, y contra la conciencia no valen pamplinas ni preocupaciones rancias ni vulgares.

OLME. ¡Chico, lo que has cambiado! Fortunata te ha convertido en un hombre nuevo!

MAXIM. ¡Cuando yo la redima..., cuando yo haga de ella una mujer nueva también!... Porque ella tiene deseos de adecentarse, de pulirse...

OLME. Falta le hacen las dos cosas, porque vaya una historia la suya en seis tomos... *¡Porque han sido seis!*...

MAXIM. Ha sido mala a la fuerza, pero se enmendará.

OLME. Yo comparo a las mujeres con los sombreros de copa, que cuando uno los pilla debajo ya no hay manera de disimularles la abolladura.

MAXIM. Acuérdate de la Magdalena.

OLME. Acuérdate de tu tía, Rubín.

MAXIM. ¿Me va a comer?

OLME. No sé.

MAXIM. Si me niega el derecho de casarme con quien a mí me dé la gana, ya le diré cuántas son tres y dos. Yo soy yo, ¿sabes? Y como tal, yo me reconozco uno y responsable en mí «yo» pro-

pio, en mis actos, como un accidente en el conjunto, es decir, en el concierto de la naturaleza, en el que soy un fenómeno...

OLME. Y que lo digas, Maximiliano.

MAXIM. Siento la irradiación del bien en mí, y me contemplo, consciente y volente...

OLME. ¡Estás como un cesto!

MAXIM. Y cuando me transforme en absolutamente puro y con la liberación llegue a pertenecer a la misma sustancia divina...

OLME. Eso no es ya una mollera. Es un campanario.

MAXIM. No se conoce el genio de la persona hasta que llega el momento de revelarse tal como cada cual es.

OLME. Pues yo, para que tu tía Lupe no me haga conocer el suyo por la noticia que te he traído, me marcho. *(Llamando a la criada.)* ¡Papitos! ¡Papitos!...

MILAG. *(Saliendo segundo término izquierda.)* ¿Ya no hago falta en la cocina?

OLME. A doña Lupe ni una palabra de que he estado aquí. *(Mutis por el foro.)*

MILAG. ¡Ah, güeno! *(Medio mutis.)*

MAXIM. Mira, Papitos, hoy no puedo darte la lección.

MILAG. Ni falta que me hace, ¡canijo, espátula!

MAXIM. No seas zulú y contesta como Dios manda. Sé juiciosa, mujer, sé juiciosa. Teniendo juicio te tendré siempre a mi lado y te miraré como de la familia.

MILAG. ¡Mia éste, me zampo yo a la familia!

MAXIM. Cuando yo me case te llevaré conmigo para que seas la doncella de mi señora.

MILAG. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Casará vusté?... ¡Si doña Lupe dice que vusté no se pue casar!... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

MAXIM. ¡Eres lo más animal y lo más grosero que yo me he echado a la cara!

MILAG. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

MAXIM. ¿Y por qué esa risa estúpida, vamos a ver?... ¿Porque he dicho que me caso? ¡Pues sí, señor!

MILAG. ¡Vamos, que vusté casarse! ¡Tendría gracia!

MAXIM. ¡ Idiota !... ¡ Más que idiota !
MILAG. ¡ Canijo ! ¡ Más que canijo ! *(Campanillazo dentro.)* Ese es el llamar de doña Lupe... *(Haciendo mutis foro.)* ¡ Feo !
MAXIM. *(Aparte.)* ¡ Valor, Maximiliano ; valor hasta el fin ! *(Entra por el foro doña Lupe como una tromba. Al traspasar el umbral se le cae el paraguas. Al recogerle se le cae el pañuelo. Al fin los recoge y los deja encima de la mesa. Maximiliano espera la acometida.)*
GUAD. *(Indignadísima, después de contemplar unos momentos a su sobrino.)* Y esta calamidad, y esta inutilidad tan fulastre y para poco, que no tiene alientos para apagar una vela, y que a los dieciocho años no sabía lo que son mujeres y creía que los niños que nacen vienen de París, es el que se ha enamorado de esa mujer perdida..., perdida en toda la extensión de la palabra?
MAXIM. No me condene usted sin oírme antes, tía.
GUAD. ¡ Estarse una matando para sacar adelante al dichoso sobrinito..., costearle las enfermedades... tratarle con mimos y cuidados..., darle una carrera quitándome yo el pan de la boca..., hacer por él lo que no todas las madres harían por sus hijos, para que al fin... ¡ Buen pago me has dado !... Antes de que se lo cuente todo a tu hermano Nicolás, dime que es una chiquillada ; dímelo, Maxi. ¿Es una niñería?
MAXIM. No, señora.
GUAD. Sí lo es, sí.
MAXIM. ¡ Tía !
GUAD. No hay tía que valga. A ti hay que tratarte como a los niños atrasadillos... ¡ Si aun no hace cinco años que iba yo por la mañana a abrocharte los calzones y tenías miedo de dormir solo en tu cuarto ! ¡ Buena me la has dado, buena ! ¡ Vamos, que tú metido a pastor !
MAXIM. Si ella está arrepentida y es un ángel.
GUAD. ¡ De cornisa !
MAXIM. Dígame una cosa, tía. El querer ser honrada una mujer, ¿no es lo mismo que serlo?
GUAD. ¡ Cómo ha de ser lo mismo !

MAXIM. En el terreno moral, sí. Mire, tía. Yo la quiero a usted mucho... Yo le debo a usted la vida, y aunque usted se empeñe en reñir conmigo, no lo ha de conseguir. Por eso, escúcheme sin enfadarse, serena, sensatamente. Yo tengo dentro de mí un ideal... o una idea muy grande. Una idea que me impulsa al bien.

GUAD. Tú no eres el sobrino que yo crié.

MAXIM. Sí, señora, sí. Soy el mismo.

GUAD. Pues arrepiéntete y pídeme perdón..., y no se hable más del asunto.

MAXIM. No tengo que pedirle perdón por nada, tía. Sólo sí decir a usted algo que no sabe.

GUAD. Si es de esa «pelidrusca», no me digas nada.

MAXIM. No..., si es de mí... De cómo la he mantenido durante tres meses...

GUAD. Con alpiste. De otra manera no me explico.

MAXIM. Cogí la hucha... Tenía tres mil y pico de reales... La rompí y llené otra igual con calderilla...

GUAD. Cuando yo digo que eres de oro...

MAXIM. Con lo que había le he ayudado a vivir. Es muy económica, tía. Poco antes de llegar usted estaba sacando las dos pesetas que me dió usted ayer.

GUAD. ¡Jesús, Jesús! ¿Sabes lo que te digo? Que desde este momento vuelto a tratarte como cuando tenías doce años. ¡Ea, ya estoy yo en funciones con mis disciplinas! Y desde mañana me vuelves a tomar el aceite de hígado de bacalao. Pero ahora no tendrás el realito para que lo tomes sin llorar. ¡Vete a tu cuarto y quítate las botas! Hoy no me sales a la calle.

MAXIM. Es que necesito...

GUAD. ¡A tu cuarto he dicho! *(Maximiliano entra muy despacio a su cuarto, primer término derecha. Doña Lupe le sigue con la vista.)* ¡Como que se me va apagar en el cuerpo la bomba!... ¡Y lo que he de decirle todavía! *(Mutis a la izquierda, primer término. Sale de su cuarto Maximiliano vestido para salir a la calle, con capa de vueltas rojas.)*

MAXIM. Yo no sé defenderme con palabras... Yo no pue-

do hablar y me aturdo con sólo que mi tía me mire ; pero adonde voy, voy, y a quien se me ponga delante le piso y sigo mi camino.

GUAD. *(Desde dentro.)* Papitos, que antes de que se te haga más tarde tienes que ir por el aceite de hígado de bacalao para el señorito Maxi.

MILAG. *(Desde dentro.)* ¡ Güeno, de seguía iré !

MAXIM. ¡ Nada ; yo voy adonde voy !

GUAD. *(Saliendo, estupefacta.)* ¿Adónde vas tú? ¿No has oído que hoy no se sale de casa?

MAXIM. Tía..., no puedo obedecer a usted. Yo la respeto a usted. Respéteme usted también a mí. *(Mutis presuroso por el foro.)*

GUAD. *(Indignada.)* ¿Habrá tunante?... Estoy por avisar una pareja para que me lo trinquen... ¡ ¡ Papitos ! ! ¡ ¡ Papitos ! !

MILAG. *(Apareciendo por la izquierda.)* Mande vusté, doña Lupe.

GUAD. No traigas el aceite para el señorito Maxi. (¡ Se va a tirar el dinero !) Tráete una vara.

MILAG. ¿De lienzo blanco?

GUAD. De fresno, si la hay por ahí. Bueno, déjate estar. No traigas tampoco la vara. Pásate por la droguería y pide diez céntimos de sanguinaria, ¡ porque a mí me va a dar algo !

MILAG. Voy de seguía, doña Lupe.

GUAD. Mira, mejor es que te quedes.

MILAG. ¿Pero que le pasa a vusté?

GUAD. Vamos las dos a... No, no ; tú vete a la cocina, y yo... ¡ Que te vayas a la cocina te he dicho !

MILAG. Sí, señora, sí. Too el mundo me echa hoy pa la cocina. *(Mutis segundo izquierda.)*

GUAD. Ahora voy y le registro la cómoda..., y le registro el baúl..., y le registro... ¿Y para qué le voy a registrar, si lo que quiero saber ya lo sé?... Y lo que sé..., lo que sé...

NICOL. *(Entrando por el foro, con un llavín en la mano. Nicolás es un clérigo vulgarote, zafio, con la ropa talar raída por el uso. La sotana, lustrosa y mugrienta por la delantera; los zapatos, grandes como transatlánticos y sucios; la teja, parda.)* ¿Qué es lo que sabe usted, tía?

GUAD. Lo que yo sé... vale más que tú no lo sepas, Nicolás.

NICOL. Me parece que estoy enterado de pe a pa de todo. ¿A qué se refiere usted, vamos a ver? A mi hermano Maxi, ¿no? Perfectamente.

GUAD. Pero ese majadero ha sido capaz de...

NICOL. ¿De decirme que estaba enamorado? No; pero yo he adivinado que le preocupaba una mujer, porque a la edad de Maxi, ¿qué otra cosa puede traer a un hombre fuera de sí?

GUAD. ¡A un hombre! ¡Pero es que Maxi no es más que medio hombre!

NICOL. Sí que algo esmirriadillo está, pero, al fin y al cabo, las exigencias de la juventud... y los impulsos de esa garambaina que llaman corazón... Esta es la cosa.

GUAD. ¿Eso es decir que tú apruebas?...

NICOL. Eso no es decir sino que al averiguar su preocupación he sabido...

GUAD. ¿Has visto a la prójima?

NICOL. Y he hablado con ella.

GUAD. ¡Ave María Purísima!... ¡Lo que se le ocurre a un clérigo no se le ocurre a nadie! Bueno, ¿y qué te ha parecido?... ¿Será una zagalona?...

NICOL. Una mujer... ¡hasta allí!... Demasiado mujer para medio hombre.

GUAD. ¿Le habrás puesto como un trapo?

NICOL. He hecho más: le he rogado que venga.

GUAD. ¿Qué?...

NICOL. Que le he rogado que venga, tía. Al principio se negaba. Es muy corta de genio, muy vergonzosa...

GUAD. *(Irónica.)* ¡Angelito!

NICOL. Pero al fin logré convencerla. La dejé poniéndose el mantón, porque no habría estado bien que hubiese venido conmigo por la calle. Ella, mujer hermosa... Yo, clérigo... ¿Usted me comprende? Debe estar al llegar. Así es que usted procura reportarse y la recibe bien... Esta es la cosa.

GUAD. ¡Yo no tengo que verla para nada! Supongo que sabrás ya lo que es la tal individua...

NICOL. Eso es lo que trato de averiguar

GUAD. ¡Ah, pues yo te lo diré!

NICOL. No me ha entendido usted o no me he explicado.

GUAD. No es posible que nos entendamos tú y yo. Tú eres un cura de manga muy ancha...

NICOL. Y usted, tía, una pobre mujer que en estas cosas no ve más allá de sus narices... Fortunata...

GUAD. ¿Cómo dices que se llama?

NICOL. Fortunata es una salvaje en libertad... que ha sido lo que han querido los demás que fuese... Pero la vida no es sólo la materialidad corporal, tía...; es algo también intangible... El alma..., la condición... Nuestros actos.

GUAD. ¡Que no te oiga eso Maxi, pues para qué querríamos más!

NICOL. ¿Que Fortunata no tiene enmienda?... Pues usted y yo, de común acuerdo, procederemos como debamos proceder. Pero ¿y si?... Mire usted, tía; hay un detalle muy significativo: tiene la casa como los chorros del oro. Y delante de mí ha regateado el precio de unas coliflores... casi... casi como usted.

GUAD. ¡Ya habrá sido algo menos!

NICOL. Por eso he dicho que casi casi. Y... *(Con reticencia.)* me ha dado en la nariz que hay hucha encerrada.

GUAD. ¡La de Maximiliano, que ha quedado vacía!

NICOL. Otra, otra. Ella debe tener sus cuartitos...

GUAD. *(Muy interesada.)* ¿Tú crees?... ¿Y a cuánto crees tú que asciende lo que tiene?

NICOL. Yo calculo que a algunos miles de reales... No pocos... *(Con picardía.)* que manejados con la pericia con que Torquemada y usted manejan el dinero...

GUAD. ¿Y ella se prestaría?...

NICOL. Para eso no hace falta la pericia de Torquemada. Con la de usted basta.

GUAD. *(Enteramente cambiada.)* Mira, tú tienes talento y cuando haces una cosa, de sobra sabes por qué la haces. *(Campanillazo en el interior.)* ¿Será ella?

NICOL. Seguramente.

GUAD. Entonces... yo me voy a la cocina.
NICOL. Usted se queda aquí, escucha y calla.
GUAD. ¿Tú investigarás?...
NICOL. Todo.
GUAD. ¿Hasta lo de?... ¿Dices que son varios miles de reales?
MILAG. *(Apareciendo por el foro.)* Una moza está ahí...
GUAD. ¡Una joven, una señorita, se dice!
MILAG. Pos una joven.
NICOL. Que pase. *(Acercándose a la puerta del foro.)* *(Mutis de Milagritos, foro.)*
Pase usted, Fortunata; pase usted.
FORTU. *(Entrando muy azorada, seguida de Milagritos.)* Con su permiso... ¿Estás ustedes bien?... Yo, buena, gracias... *(Milagritos se ha quedado escuchando en la puerta del foro.)*
NICOL. ¡Papitos!
MILAG. ¡Sí, señor, sí; a la cocina! *(Vase foro.)*
NICOL. No se asuste usted. No nos tenga miedo, que no nos comemos a nadie.
FORTU. *(Sonriente.)* Ya..., ya me lo figuro.
NICOL. Siéntese usted y conteste con sinceridad, con esa rudeza con que me habló usted en su casa. Yo le rogué a usted que viniera para que mi tía la conozca, para que entre todos tratemos el asunto como debe ser.
FORTU. Sí, señor; como debe ser.
NICOL. Nuestra idea es ésta: ver si usted es una persona juiciosa y saber si, como persona de juicio, comprende que esto del casorio es una botaratada de mi hermano. Ni más ni menos. Esta es la cosa.
FORTU. Yo estoy dispuesta a hacer todo lo que ustedes me manden.
NICOL. Bien; perfectamente bien; así me gusta a mí la gente... ¿Y si exigiésemos de usted que no vea a mi hermano?
FORTU. Lo haré, sí, señor. Pero ¿adónde iré yo que él no venga detrás de mí?... Porque ustedes no saben lo desatinado que está por ésta su servidora.
NICOL. ¿De modo que usted cree que no adelantaremos nada con eso?
FORTU. Nada; solutamente nada.

GUAD. *(Aparte.)* (Yo estoy que estallo.)

NICOL. Bien; perfectamente bien. Ya tenemos un punto de partida: la buena disposición de usted. Respóndanos ahora. ¿Tiene usted quien la ampare si rompe con mi hermano?

FORTU. No, señor.

NICOL. ¿No tiene usted familia?

FORTU. Como si no la tuviera.

NICOL. ¿De forma y manera que no tiene usted más remedio que... echarse... a... Ya usted me entiende.

FORTU. Sí, señor. No me queda más camino.

NICOL. *(Dirigiéndose a doña Lupe.)* ¡Tremenda responsabilidad para nosotros!... ¡Tremenda responsabilidad para mí! Y claro que si usted es una náufraga y quiere salvarse, no es humano darle una patada desde la orilla... Esta es la cosa.

FORTU. Sí, señor. Soy una nau..., nau... *(Aparte.)* (No me sale.)

NICOL. Lo humano es echarle una mano para salvarla... ¿Hace mucho tiempo que no se confiesa usted?

FORTU. Desde que hice la primera comunión.

GUAD. ¿Y ha tenido usted valor?

NICOL. ¡Perdone, tía!... ¿Y después de lo de Juan Santa Cruz, ha conocido usted muchos hombres? Respecto a ese señor..., corramos un velo.

FORTU. Sí, señor; corrámoslo. Pues conocer...

NICOL. Hablo en el sentido que la Biblia da a esta palabra. Quiero decir... tratar con intimidad... Esto es la cosa.

FORTU. Unos...

GUAD. *(Aparte.)* (Ciento y la madre.)

NICOL. No se asuste usted del número... ¿Unos ocho?

FORTU. Deje usted que me acuerde bien...

GUAD. *(Aparte.)* (¡Ocho docenas lo menos!)

FORTU. El primero...

NICOL. ¿Después de Santa Cruz, no? El que la sacó de Madrid y la llevó de pueblo en pueblo como trasto de feria.

FORTU. Ese, sí, señor.

NICOL. Bien; corramos un velo...

FORTU. Era un hombre traicionero y malo. Me fuí con él

porque me vi perdida y abandonada. Con el mundo entero armaba camorra y todo el veneno que iba amasando en su maldecía alma lo descargaba sobre mí. Vendí sus trastos y me planté en Barcelona. Allí me salió otro. Le dije que sí... porque se parecía mucho a Juan Santa Cruz...

NICOL. ¡Vaya por Dios!

FORTU. También era un buen punto. Una mañana, mientras dormía yo, me lo empeñó todo para jugar. Luego..., un viejo que me daba mucho dinero, me llevó a París. A ese le tuve que dejar por tantismas incumbencias.

GUAD. *(Aparte.)* (¡Tantismas!)

FORTU. Y un trampa larga que me salió antes de venir a Madrid y que desde el principio me dió olor a chubasco. Algo debió hacer, y no muy bueno, porque una noche entró en casa muy enfurruñado, trincó una maleta pequeña, la llenó de ropa, me pidió todo el dinero que tenía y me dijo que se marchaba al Escorial... Escorial fué que todavía no ha vuelto. ¿Corremos un velo, padre?

GUAD. *(Aparte.)* (¡Vas a necesitar muchas varas para tanto velo!)

NICOL. Y dígame: ¿volvería a tener relaciones con alguno de ellos si la solicitaran?

FORTU. Con ninguno.

GUAD. *(Aparte.)* (¡Eso habrá que verlo!)

NICOL. ¿De veras?

FORTU. Con uno..., ¿qué sé yo?... Pero... no puede ser.

GUAD. *(Aparte.)* (¡Será sinvergüenza!)

NICOL. Déjese de que pueda o no pueda ser. Esa excepción es el primero: el tal Juanito Santa Cruz, ¿no?

FORTU. Pero no puede ser. Está ya casado, ¡y no se acuerda ya de mí!

NICOL. Bien, bien. Me sé todas esas monsergas al dedillo. ¿No ve usted que he sido confesor de las Arrepentidas de Toledo durante cinco años? ¡Esta es la cosa! Pero, en fin, ¿usted confiesa que es el único sujeto a quien quiere de veras?

FORTU. El único.

NICOL. Y a los demás... que los parta un rayo.

FORTU. A los demás..., nada.
NICOL. ¿Y a mi hermano?
FORTU. Tampoco.
GUAD. *(Aparte.)* (¡ Será fresca !)
NICOL. Perfectamente.
FORTU. Lo que se llama querer..., querer..., no. Estimación, aprecio... Pero sin ilusión. No sé si me entenderá usted.
NICOL. ¡ Cómo !... ¡ Pues así que no habla usted poco claro ! ¿Y cómo estamos de doctrina cristiana?
FORTU. De «dotrina», muy mal. No sé nada.
GUAD. *(No pudiendo resistir más.)* ¡ Ah ! Pues eso no puede ser. Yo le enseñaré a usted el catecismo.
FORTU. Sí, señora, sí. Lo aprenderé. Haré todo lo que ustedes quieran. *(Con las manos cruzadas sobre el abdomen, y dando vueltas y más vueltas a los pulgares, el clérigo medita. Fortunata le contempla en silencio; doña Lupe mira ya a Fortunata con gesto menos hostil.)*
NICOL. Bueno, vamos a cuentas. ¿Usted quiere que establezcamos la posibilidad de casarse con un Rubín?
FORTU. Sí, señor.
NICOL. Pues es preciso que se someta usted a la siguiente prueba : Hay en Madrid una institución religiosa que tiene por objeto recoger a las muchachas extraviadas y convertirlas a la verdad por medio de la oración, del trabajo y del recogimiento...
FORTU. ¿El convento de las Micaelas?
NICOL. Eso es. Así se llama. Bueno, pues usted va allá, la tenemos encerradita durante algunos meses y ya veremos si, pasado un plazo prudencial, me resulta usted en tal disposición de espíritu que yo la crea digna de ser mi hermana.
FORTU. Sí, sí... Entraré en las Micaelas. *(Campanillazo dentro.)* Seré digna de ustedes. Se lo prometo.
GUAD. Palabras, no.
FORTU. Tiene usted razón, señora. ¿Quién se fía ya de mis palabras? *(Entra Maximiliano, que al ver a Fortunata se queda estupefacto.)*
MAXIM. *(Acercándose a Fortunata, cuyas manos coge y*

estrecha entre las suyas.) ¡ Fortunata ! *(Siguen cogidos de las manos. A partir de este momento, Maxi habla por lo bajo, y al parecer muy apasionado, a Fortunata.)*

NICOL. Sí, ella aquí.

GUAD. Tu tormento, que ha venido a echárseme a los pies para que la perdone.

FORTU. Sí, señora ; yo quiero pedirle a usted perdón... (no sé de qué...) ; pero quiero pedirle perdón... He sido muy arrastrá ; pero voy a ser buena.

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Es de día. Sala de visitas del convento de las Micaelas, destinado a la corrección de jóvenes extraviadas. Al foro izquierda, puerta practicable que da a un claustro. Suelo de baldosa. En los testeros principales, algunos bancos, y delante de ellos, esteras de esparto. En el centro, un velador y algunas sillas. A la derecha, puerta grande. Sobre la portada se lee un letrero en semicírculo que dice : «Domus Dei» ; el letrero cobija una cruz. A la izquierda, puerta practicable que da a habitaciones interiores del convento. Por las paredes cuadros de asuntos religiosos. Cuando se alza el telón, Fortunata y Mauricia, vestidas de lana burda y negra, según es la regla del establecimiento, frotan al suelo de la habitación para sacarle brillo. Mauricia, que es el coco del convento cuando las crisis de su desequilibrado cerebro de alcohólica la tornan de trabajadora y dócil en vaga, tarasca y arpía, lleva escondida en un bolsillo una botellita, al parecer con coñac, de la que se atiza buenos tragos a espaldas de Fortunata. Cuando se ha hecho el silencio en el teatro aparece sor Natividad por la puerta del foro. Lleva pendientes de la cintura un rosario y un manojo de llaves.

S. NAT. ¿Cómo va esto?

FORTU. Creo que bien, sor Natividad. Va a quedar muy bonito el suelo.

S. NAT. Este trabajo te gusta, ¿eh?

FORTU. Sí, señora ; más que coser y bordar, porque tengo los dedos muy torpes. Usted mándeme estas cosas : que lave..., que fregue...

S. NAT. Friegue.

FORTU. ¿Cómo?

S. NAT. Se dice friegue, hija.

MAURI. Friegue, chica; ¡qué poco fisna eres!

S. NAT. ¡Callate tú, descaradota! *(A Fortunata.)* Pues hay que aprender todo lo bueno...

FORTU. Ya lo aprenderé, hermana. Ya haré por aprender.

S. NAT. Bueno, a ver cómo lo dejáis. Limpio como la cara del sol. En el suelo quiero yo verme la cara.

MAURI. ¡Tié gracia! ¿Y no se va usted a asustar?

S. NAT. ¡Descaradota!

MAURI. Talmente como la patena va a quear.

S. NAT. ¡Hereje! ¿No has encontrao otra comparación?

MAURI. Ha sío la más aseá que me s'ha ocurrío.

S. NAT. ¡Ya te arreglaré yo a ti, ya! ¿Quién fué la que en el lavadero le ató ayer al gato una cafetera al rabo y le soltó por toda la casa?

MAURI. ¿Yió qué sé?... No me mire usted asín, que no he sío yió... ¡Amos, si no he sío yió!... ¿Pa qué me mira usted tantooo? ¿Es que me quié retratar?

S. NAT. Lo que quiero *(Enseñándole una llave.)* es que seas buena, porque si no vamos a tenerte encerrada una semana. ¡Andando, a trabajar! *(Mutis foro.)*

MAURI. ¡Con lo que sale ahora! ¡Vaya con la santifiquisma! *(Sentándose en el suelo.)* Asiéntate, chica, asiéntate.

FORTU. ¿Y si vuelve?

MAURI. ¿Es que no tié una derecho a descansar? *(Fortunata se sienta también en el suelo a lo moro.)* ¿Te fijaste cuando miraba al rincón?... ¡Miraba como los gurriones! *(Imitándola.)* Bueno, no la he soltao cuatro frescas, porque marchando bien con esta tocá no se está mal... Tú te llevas bien con toas... De mí dicen que tengo días, porque a lo mejor me entra de pronto el golpe de locura..., ¡y si viás cómo me pongo! *(Fortunata, atemorizada, esquiva el cuerpo.)* No te dé mieo, que ahora no me da... ¡Al principio me tenían un canguis las monjas!... Pero aluego s'han acostumbrao... Como que he estado aquí tres veces...

FORTU. ¿Tres veces has estado aquí?

MAURI. La doña Guillermina, esa santurrona que se ha

echao mismamente a pobre y que viene tanto por aquí con la... de tu Juanito, es la que siempre me trae. La última vez fué... porque una noche me dolía muchísimo el estórnago. Y como el dolor no me se quitaba y paecía que tenía un perro rabioso colgao aquí, me dije digo, pos esto lo curo yió pero que mu pronto. Y voy y bajo a la taberna y me atizo tres copas de aguardiente... ¡Tras!, ¡tras!, ¡tras!... Arreo pa la calle..., y va me dá una cosa que me dejó privá... Se arremolinan chicos..., se arremolina gente... y, por lo visto, se arremolinó también la doña Guillermina; me trincó... y aquí estoy ya pa cinco meses. ¿Sabes qué día me trajeron aquí? El último que nos vimos en ca la Paca.

FORTU. Yo... a cá la Paca... Fuí pocas veces... La necesidad..., créeme... Después me salieron relaciones con el chico con que me voy a casar...

MAURI. Ya lo sé. Me lo dijo la Feliciana. Aquel día, ¿sabes?, acabadita de marcharte tú estuvo allí Juanito Santa Cruz. A buscarte, ¡claro! Y siguió yendo.

FORTU. ¿Y para qué me buscaba a mí ese hombre, para qué?...

MAURI. Los hombres son mu caprichosos, y cuando la tién a una a su disposición no le hacen más caso que a un trasto viejo; pero si una habla con otro, ya el de antes quiere arrimarse por el aquel de la golosina que otro se lleva. Pues digo si una se mete mucho a rezar y confesar... Se les enciende la querencia y se pirran por nosotras desde que nos convertimos por lo eclesiástico. Pues ¿qué te crees tú, que Juanito no viene a rondar este convento desde que sabe que estás aquí? ¡Paices boba! Tenlo por cierto. Y algunos de esos coches que tú oyes es su featón.

FORTU. No seas tonta, porque mira tú, él cayó con pulmonía en marzo...

MAURI. ¡Bien enterada estás!

FORTU. Lo sé por la Feliciana... El cayó en marzo... En este entremedio conocí yo al chico con quien

hablo... Y el otro estuvo cinco meses muy malito... Luego se fué con su mujer a Valencia...

MAURI. ¡Paices boba, pero ha vuelto!

FORTU. Bueno, ¿y qué?... ¡Yo quiero ser honrada!

MAURI. Y yió te digo que haces muy requetebién. Asín como asín, tú con el tiempo que has estao aquí drento, has sufrío una cuarentena en un lazarillo como los apestaos, y ahora sales más limpia... que la cara del sol, que diría esa sacristana de sor Nati... Además, tu novio... es que ni pintao pal caso... Un poco atontao del cogote p'arriba... ¡Bueno, un poco! Loco perdío. Pero es que si no estuviese loco no se casaba contigo.

FORTU. ¿Por qué no? ¡Yo quiero ser honrada!

MAURI. ¡Tarde espichaste! Pero cásate. Una bendición lava muchísimas cosas... Y la sombra de un hombre honrao es una buena capa que lo tapa too... Cásate..., y aluego haces de tu capa un sayo... u lo que te parezga.

FORTU. No, no. ¡Yo quiero ser honrada!

MAURI. Eso... ¡allá tú si tiés ese capricho! Y lo que yió te digo es que te conviene casarte. Y te lo digo porque me conozgo mu bien a doña Lupe y a tu novio. Tú bien pués hacer caso de lo que yio te diga, que tengo mucha linterna; amos, que veo mucho. Casadita pués hacer lo que quieras, guardando el aparato de la comenencia. La mujer soltera es una esclava... La que tié un... peine de marío tié bula pa too... Cásate, chica; hasta mismamente pa ser honrá te conviene.

FORTU. ¡Hasta para ser honrada!

MAURI. Y pués hacer que rabie Santa Cruz.

FORTU. ¡Quita, quita: él no se acuerda ya de mí!

MAURI. ¡Paices boba! ¡No conoces tú el peine! Que te salgas tú de aquí y te sigas tan catoliquisma como ahora, que ya verás si no paice que cuando una está encerrá entre cosa de religion, sermón por arriba, sermón por abajo, respirando tufo de monjas, vengan luces y tira de incensario, le salen a una de entre sí toas las cosas malas o buenas que ha pasao en el mundo...,

como las hormigas a las puertas del ujero cuando sale el sol.

FORTU. *(Admirada.)* Puede que sea verdá, ¿sabes? Porque yo sueño muchas veces con él...

MAURI. ¡Ay, qué salao! ¡Es buen golpe! Pos lo que una sueña tié su aquél. ¿Y qué has soñao tú, prenda?

FORTU. Anoche la última vez. Que yo era su mujer por delante de la Iglesia... Y ella por la puerta falsa. Y lo más particular era que yo no le tenía tirria, sino lástima, porque yo tenía un hijo todos los años, todos, y ella ni esto.

MAURI. Y que no rabiará ella poco cuando vea que lo que no puede es pa ti coser y cantar... Chica, no te amilanes, no le tengas lástima, que ella no la tuvo de tú cuando te quitó lo que era tuyo. ¿Quieres un trago?

FORTU. ¿Qué es esto?

MAURI. *(Bebiendo.)* ¡Gloria bendita! Se lo garfiñé endenantes a sor Marcela cuando me dijo que buscase el ratón que andaba por su celda. Siempre tié una botellita de coñá pal dolor de estómago. A mí también me duele el estómago. ¡Qué peine! *(Guarda la botella, ya vacía, saca un pitillo y lo enciende.)*

FORTU. *(Escandalizada.)* ¿Pero vas a fumar?

MAURI. Sí, chica. No te ofrezco, porque es mu fuerte. Se lleva el pasapán pa drento... ¡Es... es... estoy... ma... reá! *(El coñac va haciendo su efecto. Aparece sor Natividad en el foro.)*

S. NAT. *(Al ver fumando a Mauricia.)* ¡Mauricia!... ¿Estás fumando?

MAURI. *(Con el cinismo de la borrachera.)* Me paice que sí... ¿Usted gusta?

S. NAT. ¡Tira eso, puerca!

MAURI. ¡Se va a emporcar el suelo, señora!

S. NAT. *(Arrebatándole el pitillo.)* ¡Trae acá, desvorgonzada!... ¡Y ahora mismo al cuarto de castigo!... ¡Encerrada quince días! Allí te despabilarás... ¡Qué vergüenza de mujer!...

MAURI. *(Dejándose conducir.)* ¡Ya..., ya..., qué vergüen...

za... de... mujer !... Pero ¿va usted a en... ce... rrarme?...

S. NAT. ¡ Ahora mismo !

MAURI. ¡ Pues no voy !

S. NAT. ¡ Andando !

MAURI. ¡ Que no voy... ¡ Que no voy ! *(Asomándose al foro.)* ¡ Socorrooo ! *(Sor Natividad la atenaza y vanse por el pasillo las dos. A los gritos acude sor Marcela.)*

S. MAR. ¿Qué pasa?... ¿Qué voces son esas?

FORTU. Es la Dura, hermana. Mauricia, que estaba fumando aquí y sor Natividad va a encerrarla.

S. MAR. ¿Fumando?

FORTU. Sí, sor Marcela.

S. MARC. ¡ Qué ruina de mujer !... ¡ No tiene enmienda !... ¡ Tú sales mañana !

FORTU. Sí, hermana ; pa casarme.

S. MAR. ¿Pero para casarte como Dios manda?

FORTU. ¡ Sí, señora ! Quiero ser decente.

S. MAR. Y lo serás si te lo propones ; pero eres todo corazón... Quieres y odias como un salvaje... Y eso te ha de perder.

FORTU. Yo soy así porque nunca he visto más que malos ejemplos y he vivido siempre entre tunantes. ¡ Que pongan en mi lugar a la mujer más buena del mundo ! He sido lo que él quiso hacer de mí...

S. MAR. Ve, hija, al oratorio y busca fortaleza en la oración. Pídele a Nuestro Señor que te ilumine, y te iluminará. Anda, ve a rezar un poco. *(Fortunata entra en el oratorio. Sor Marcela desaparece por el foro. Oyese a Guillermina que se acerca hablando con alguien. Aparece foro acompañada de sor Natividad.)*

GUILL. ¡ Esa mujer tiene el mismísimo demonio en el cuerpo ! ¿Y dice usted que estaba fumando?

S. NAT. ¡ Como un carretero ! Por San José bendito, no nos la traiga más, Guillermina.

GUILL. ¿Y Fortunata?

S. NAT. No sé... Estaba aquí...

GUILL. ¿Se la llevarán mañana?

S. NAT. Sí ; arriba está el señor don Maximiliano hablando con la reverenda madre. *(Se oye dentro algara-*

bía. Guillermina y sor Natividad salen del claustro y desaparecen hacia la derecha. A las voces, que cesarán pronto, sale del oratorio Fortunata, que, como ya no continúa el alboroto, prosigue su tarea de lustrar el suelo. Llegan por la izquierda la madre superiora y Maximiliano.)

M. SUP. Ahí tiene usted a esa buena pieza. Les permitiré que hablen un ratito; pero poco, porque no es hora de visitas.

MAXIM. Muchas gracias, madre superiora. *(A Fortunata, con arrobamiento.)* ¡Fortunata!

M. SUP. Bueno, aunque la santa regla no lo aconseja, les dejaré solos un ratito. Ustedes son formales. *(Pasa al oratorio.)*

MAXIM. *(Pretendiendo abrazar a Fortunata.)* ¿No me abrazas?

FORTU. ¡Quita allá! ¡Está prohibido eso aquí! *(Le tiende la mano, que Maxi estrecha y besa con pasión.)*

MAXIM. ¡Es que pasado mañana serás ya mi mujer!

FORTU. ¡Tan pronto!

MAXIM. Tan pronto, sí. ¿Qué?... ¿Estás contenta?

FORTU. *(Como indiferente.)* Sí..., sí...

MAXIM. ¿Muy contenta?

FORTU. Contentísima. ¡Figúrate!

MAXIM. Con-ten-tísima. Una de las cosas que tengo que enseñarte es a hablar, y otra a manejar el tenedor y el cuchillo. *(Pausa embarazosa.)* Te traigo buenas noticias.

FORTU. *(Indiferente.)* ¿Sí?

MAXIM. Sí. La primera, ya la sabes: que pronto... serás la señora de Rubín.

FORTU. ¿Y las otras?

MAXIM. Que me he colocado de mancebo en la botica de la viuda de Samaniego. Ahora seré dependiente, pero cuando termine la carrera regentaré la botica. Que ya hemos repartido la herencia de mi tía Melitona y me han tocado algunas fincas y unos miles de reales..., que mi tía Lupe hará subir como la espuma. Que he alquilado un pisito en la calle de Sagunto. Mi tía Lupe ha comprado los muebles más precisos en algunas almonedas y todo nos ha salido casi de balde. Vas a estar muy

bien... Vas a estar como una reina..., porque yo pondré sobre tu cabeza la corona de la mujer honrada...

FORTU. ¡Tié gracia!

MAXIM. ¿Qué?

FORTU. Nada; que estaré yo muy bien con esa corona.

MAXIM. Lo estarás porque tú eres honrada.

FORTU. ¿Eh? *(Aparte.)* ¡Ay, Dios mío, está loco!

MAXIM. ¡Honradísima! Porque tú no eres sino lo que han querido hacer de ti. Otra cosa tengo que decirte. Tus ropas y tus alhajas que empeñaste en tu naufragio..., ¡todo está liberado!... Liberado... La casa es una preciosidad, verdadero nido de amor. ¿No te alegras, mujer?

FORTU. *(En un suspiro.)* Sí..., Sí...

MAXIM. *(A poco menos de caérsele la baba.)* Mi tía te ha arreglado un vestido de gró, y doña Silvia te regala el ramo de azahar.

FORTU. ¡Jesús!

MAXIM. Sí; el que ella llevó en su boda y destinaba a las de sus tres hijas, cuyas tres bodas fracasaron. ¡Un poco mustio estará!...

FORTU. ¿Pero voy a llevar azahar?

MAXIM. No te preocupes. Como se ha abusado tanto de él, hoy ya no simboliza nada, y no pasa de ser un adorno que sienta bien a todas las novias... El no llevarlo sería ir haciendo pública confesión. *(Sale del oratorio la madre superiora.)*

M. SUP. Señor Rubín... Fortunata... Despídanse ustedes. Ya ha sido bastante el ratito de conversación.

MAXIM. Adiós, Fortunata.

FORTU. Adiós, Maxi. Ispresiones a la familia.

MAXIM. Ex... Ex...

FORTU. ¿Qué es?

MAXIM. ¡Ex-pre-sio-nes!

FORTU. ¡Ah, ya; soy más bruta! *(Mutis izquierda de Maxi y la madre superiora.)*

FORTU. *(Tras un instante de ensimismamiento.)* ¡Dios mío!... ¡Yo no puedo querer a este hombre! *(Percíbese rumor de gente que se acerca. Llegan por el foro sor Natividad y Guillermina.)*

GUILL. ¡Qué mujer!... ¡Qué calamidad de mujer! ¡La ha cogido agresiva!

S. MAR. Ahora está en la huerta; se ha enterrado en el montón del mantillo, dejando sólo la cabeza fuera, y al acercarme a ella creí que me destrozaba. ¡Dice que ve a la Virgen!

S. NAT. ¡Será Nuestra Señora del Aguardiente!

S. MAR. ¡Vean! ¡Ni el olor ha dejado!

S. NAT. *(A sor Marcela.)* Avise usted al sacristán, sor Marcela. *(Mutis de sor Marcela por el foro. A Guillermina.)* Verá usted si encierro yo o no a esa tarasca. *(Mutis foro.)*

GUILL. ¡Fortunata!

FORTU. Me llamo, señora.

GUILL. Ya; ya sé cómo se llama usted. Y usted, ¿no me conoce a mí?

FORTU. Sí, señora. Usted es doña Guillermina, la santa.

GUILL. Guillermina la santa, no. Guillermina Pacheco.

FORTU. Pero le dicen a usted la santa, porque de santa tiene las acciones.

GUILL. Se exagera mucho... ¿Y cómo es que usted me conoce a mí?

FORTU. Antes de entrar en este convento, ya la conocía por referencia.

GUILL. ¡Ah!... Antes de entrar usted aquí le habían hablado de mí. ¿Y se puede saber quién?

FORTU. Pues... me habló una persona que conoce a usted..., y usted también a él: Juanito Santa Cruz.

GUILL. Querrá usted decir... don Juan, don Juan Santa Cruz...

FORTU. Si hubiera querido decirlo, lo habría dicho. Para mí siempre ha sido, es y será Juanito Santa Cruz. Usted, señora, puede llamarle como le parezca.

GUILL. ¡Ah! Eso quiere decir que usted conocía..., que trataba al señor Santa Cruz.

FORTU. *(Pudorosa.)* Tratarle... Como se trata a un hombre con el que una tiene un hijo.

GUILL. ¿Un hijo?... ¿Usted ha tenido un hijo con el señor Santa Cruz?...

FORTU. ¡Señora! Si va usted a disimular, disimularé yo también, y no nos vamos a entender. *(Suena den-*

tro la campana que llama a la oración a corrigendas y religiosas.)

GUILL. ¡Ah. la campana! Pues no podemos hablar hoy. Otro día, ¿eh?

FORTU. Cuando usted quiera.

GUILL. Usted saldrá de aquí mañana. ¿Quiere ir a mi casa? ¿Sabe usted dónde vivo?

FORTU. Sí, señora.

GUILL. Pues yo la avisaré cuando haya de ir. Adiós. *(Mutis foro.)*

FORTU. Vaya usted con Dios. ¡Señora, señora! *(Retrocede Guillermina hasta la puerta del centro.)*

GUILL. ¿Qué desea usted?

FORTU. Usted que es tan santa, alcánceme de Dios una cosa. Si usted se lo pide, El lo hará.

GUILL. Yo no soy santa, y Dios escucha a todos. Pero, en fin, ¿qué desea usted que yo vea de conseguirle de Dios Nuestro Señor?

FORTU. ¡Un imposible! Yo me caso pasado mañana.

GUILL. Lo sé.

FORTU. Me caso para ser honrada.

GUILL. Alabo su propósito; pero yo lo soy y hasta ahora no he necesitado casarme.

FORTU. Yo quisiera querer a mi marido.

GUILL. Pues adórele.

FORTU. Es que... ¡Eso es imposible!

GUILL. *(Huyendo escandalizada.)* ¡Jesús, María y José!

FORTU. *(Sola.)* ¡Imposible, sí!... ¡No pué ser!... *(Llorando con ira.)* ¡Yo no puedo querer a ese hombre! ¡No puedo!... ¡No puedo!... *(Cae llorando en un banco.)*

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Es de noche. Habitación de la casa en que moran Fortunata y Maximiliano. Al foro, balcón, con estor y cortinas, que da a la calle. A través de los visillos y cristales se ven, a lo lejos, algunas luces del alumbrado público. A la izquierda, puerta practicable, que se supone da a otras habitaciones. A la derecha, muro en el que hay cuadros y retratos de familia. Muebles modestos y nuevos, propios de gabinete. El papel de las paredes, nuevo y de tonos claros. En el centro, pendiente del techo, lámpara que no arde. La escena aparece escasamente iluminada por la luz que penetra de la calle. Maximiliano, bajo los efectos de una jaqueca, está en actitud paciente. Fortunata, abstraída en sus pensamientos, mira al techo de la habitación.

FORTU. ¿Qué, te va pasando la jaqueca?
MAXIM. Sí; parece que me encuentro mejor. Ha sido la de hoy terrible... Está visto... No valgo para nada.
FORTU. ¿Quieres que se encienda?
MAXIM. Bueno.
FORTU. ¡Patricia! ¡Patriciaaa!
MAXIM. ¿No has encontrado criada todavía?
FORTU. No.
MAXIM. Estoy deseando que la encuentres, porque esta mujer no me gusta nada.
FORTU. No se porta mal...
PATR. *(Entrando izquierda.)* ¿Llamaba usted?
FORTU. Sí; enciende el quinqué. *(Mutis de Patricia. Silencio. Regresa Patricia con un quinqué encendido, lo deja y hace mutis.)* Si no te encuentras bien, no vayas a la botica esta noche.
MAXIM. *(Simulando un hondo pesar.)* No puedo faltar. Tenemos mucho trabajo. Cenaré allí. No me esperes. Además, quiero prepararme aquellos sellos que me sentaron tan bien.
FORTU. ¿Los de pitofusfito?
MAXIM. *(Contrariado.)* ¡Hi-po-fos-fi-tos! querrás decir.
FORTU. Sí; eso es.
MAXIM. Ya; pues lo dices muy mal.
FORTU. Soy muy torpe.
MAXIM. ¡Qué has de ser!... ¡Tienes talento natural!...

FORTU. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¡Tié gracia!

MAXIM. ¡No digas tié!... Di tiene..., que es como está bien dicho.

FORTU. ¿Quieres que te traiga las píldoras?... ¿Quieres las cucharás?... ¿Quieres las gotas?

MAXIM. No quiero nada. Me voy a la botica a ver si me distraigo trabajando. Y el caso es... que me da miedo ir, porque un día cometo un disparate. Anoche, con una receta de cuidado, a poco dejo ciego a un padre de familia. Y es que no estoy en mí... ¡Que en la botica, en la calle, en todas partes, y a cualquier hora, estoy pendiente de ti, de lo que en mi ausencia hagas, de lo que digas..., de lo que pienses!... ¡Un día llego a la botica y acabo de una vez!... ¡Reviento y en paz!

FORTU. ¿Y por qué?

MAXIM. Porque siento aquí en el corazón una angustia... ¡Fortunata, si fuera verdad lo que me han dicho!... Mira. *(Saca un revólver.)*

FORTU. *(Asustada.)* ¡Vamos, Maxi!... ¿Qué toque te ha dado hoy?... ¡Trae acá eso! *(Arrebátale el revólver.)*, que me da mucho miedo...

MAXIM. ¡Me lo han dicho, Fortunata; me lo han dicho!

FORTU. ¿Pero qué, hombre de Dios?

MAXIM. Que me engañas con ese hombre, con ese maldito Santa Cruz que se ha atravesado en mi camino... No... El que se ha puesto en el vuestro he sido yo. Vosotros caminabais a la perdición, y yo salí a tu paso para salvarte haciéndote mi mujer..., y ¡así me pagas!... ¡así!...

FORTU. ¿Pero qué te han dicho?

MAXIM. ¡Ese hombre ronda esta casa!... Lo sé..., y lo saben todos... Mis amigos se reirán de mí..., y en la calle me señalarán cuando pase... «¡Qué imbécil!», dirán. «¿Quién le va a querer a él..., un encanijado?... ¿Cómo querrá que le quiera una mujer tan hermosa y que tiene un pasado?»

FORTU. *(Ofendida.)* Lo que he sido ya no viene a cuento.

MAXIM. ¡Ese hombre te persigue!... ¡Dime que no! ¿A que no me juras que no?... ¿A que no me lo juras?

FORTU. Te juro... que desde que murió mi niño no le he visto.

MAXIM. ¿Y no volverás a verle?... Si ese hombre te busca..., ¿huirás de él?... ¿Me dirás a mí que te persigue para que le mate yo? *(Pausa. Fortunata no responde.)* ¿Di?... ¿Me lo dirás?... Porque yo no soy cobarde. Mira..., débil y enfermo como estoy..., te juro que si yo encuentro a ese hombre, si se pone frente a mí, ¡le mato!... Le conozco desde ayer. Ya sé quién fué tu verdugo...

FORTU. ¡Ese hombre no se acuerda ya de mí!...

MAXIM. Pero ¿y tú? ¿Te acuerdas de él?... *(Pausa.)* ¿No me respondes?...

FORTU. Yo te quiero a ti...

MAXIM. *(Transición.)* ¡Oh, nunca me lo habías dicho!... Cuando más, una promesa de que harías todo lo posible por quererme... ¿Que me quieres?... *(Casi feliz.)* ¿De verdad, Fortunata? ¿No me engañas?... ¿Me quieres tú?

FORTU. *(Sin pasión, fría, como deseando terminar a la escena.)* ¡Que sí, hombre! Te quiero. ¿No eres tú mi marido?... ¿Qué?... ¿Estás más tranquilo? *(Campanillazo dentro.)*

MAXIM. ¡Oh, sí!... ¿Ves?... Te he oído esas palabras, y ya creo que soy feliz. *(En la puerta, dispuesto a marcharse.)* Fortunata, me has dicho que me quieres, ¿verdad? *(Aparece por la izquierda Mauricia «la Dura», que llega de la calle y se para en la entrada, desde donde oye lo que hablan Fortunata y Maximiliano.)*

FORTU. ¡Sí, hombre, sí!

MAXIM. Va para un mes que estamos casados, y... nunca me diste un beso. *(Fortunata hace un gesto de disgusto, que procura disimular.)* No..., si no es tu gusto, no... *(Acercándose suplicante a Fortunata.)* ¡Uno solo!... ¡Uno siquiera!...

MAURI. *(Avanzando.)* Con permiso.

FORTU. ¿Tú por aquí, Mauricia?

MAURI. He venío aquí cerca y he subío a verte.

FORTU. Gracias; siéntate.

PATR. *(Desde el foro.)* La vecina de al lado que si no

sale usted, que pasemos un rato. Yo le he dicho que no salimos.

FORTU. ¿Y por qué les has dicho eso?

PATR. Por jugar un rato con ella a la brisca y distraernos. ¡A ver si la ganamos el café del café! *(Para desesperar a Maximiliano, se pone a limpiar muebles y cacharros con el trapo que lleva al hombro.)*

MAXIM. ¡Si vieras qué poco me gusta esa amistad!

PATR. Pos no paice mala presona.

MAXIM. Yo no digo que sea buena o mala, sino que no quiero intimidad con ella. *(Mutis de Patricia izquierda.)* ¿Tú no saldrás?

FORTU. ¡Claro que no!

MAXIM. No... No salgas. *(Dando a Fortunata afectuosas palmaditas en la espalda.)* ¡Hasta luego, hijita; hasta luego!

MAURI. Vaya usté con Dios, señor Maxi.

FORTU. Adiós. *(Mutis de Maximiliano. Silencio hasta que las dos mujeres oyen el portazo. Cuando Mauricia tiene la seguridad de que están solas, suspira satisfecha y se arrellana en una butaca.)*

MAURI. ¿Qué te decía ese pajarraco cuando yo entré?... Quería un besito, ¿eh?... ¡Anda, que vaya a besar al dios Netúno!... ¡A cualquier hora me dejaba yo besar de un hombre así!... Ya te he visto que cuando él se ponía tierno te hacías la enajená...

FORTU. ¡Cuidado que soy desgraciada!

MAURI Desgraciá... Lo que se dice desgraciá, no eres. Lo serías si tuvieses que estar toa la vida atá a ese saltamontes, y con tu palmito y tu simpatía no encontrases quien te dijese por ahí te pudras... Pero ya sabes que hay quien bebe los vientos por ti... y que alguien está penando porque no te decides.

FORTU. ¡Calla!

MAURI. Ni vive, ni duerme, ni sosiega... Me da lástima verle.

FORTU. Pero ¿tú le has visto?

MAURI. Ya se ve que sí. ¡Y si viás cómo está! ¡Se le encoge a una el corazón escuchándole!... ¡Más

enamorao que nunca ! Y ahora sí que se presenta formal y condolío de toas las perrerías que te hizo...

FORTU. ¡Mentira !... ¡Mentira ! ¡Tú no le has visto !

MAURI. ¡Que ciegue yo si lo que te digo no es como la luz del sol !... ¡Por éstas ! *(Besando la cruz que hace con los índices)* ¡Si le vieras qué guapo está !... Lo que yo te decía, chica : lo mismo fué enterarse de que estabas en las Micaelas haciéndote la católica, que se le encendió el celo. Los hombres son asín. Paice que le dió un ataque de locura, y se echó a buscarte... hasta que te encontró.

FORTU. ¡Dios mío !... Pero ¿sabe que vivo aquí?

MAURI. ¡Anda ! ¿Pos no lo tié de saber?

FORTU. No... No... Ahora no será como entonces... ¡Ahora estoy casada !

MAURI. ¡Casá !... ¡Ya lo creo, y mu casá !, a Dios gracias ! Pero... ¿qué es pa ti tu marío? Un marío pa'l buen decir, naa más. Porque ni le quieres, ni le podrás querer nunca...

FORTU. ¡Bueno, déjame ! ¡No quiero oírte !... ¡Que le quiera o no, soy su mujer !... Y ahora... soy una mujer decente.

MAURI. ¡Pos no presumes tú poco, prenda !... ¡Pero ven a razones, mema !... ¡Si estás tú chalá por él !...

FORTU. ¡Mentira ! Yo no me acuerdo de ese hombre, ni tengo para qué acordarme de él.

MAURI. ¡Ja, ja, ja !... En tocante a que no te acuerdas tú de él... vamos a cuentas... Cuando te queas talmente ensimismá, mirando al techo horas y horas... ¿en quién piensas?... ¡En Juanito Santa Cruz !... Cuando te pones a mirar con ojos espantaos el remate de una silla, sin desapartar la vista de él, abobá, abobá... como si allí hubiese un porción de angelitos bailando encima..., ¿en quién piensas?... ¡En Juanito Santa Cruz !... Cuando te pasas las noches de claro en claro, como tú misma me has dicho, sin pegar ojo, haciéndote la dormía pa que tu marío no te rechiste..., ¿qué ves en la oscuridá, más claro que la

luz del sol?... ¡A Juanito Santa Cruz!... Y ayer, al acabar de almorzar, que te comiste un dátil y te queaste aluego mirando al güeso *(Accionándolo.)* mu fija, asín..., sin pestañear..., ¿a quién veías tú y a quién hablabas?... Porque tú hablabas pa entre ti, y al güeso me supongo yió que no le dirías na... ¡A él era a quien veías y hablabas!...

FORTU. ¡No callarás!

MAURI. ¡Digo yió!... Y al respective de que él no se acuerda de ti... ¿Te lo digo?... ¿Te lo digo?...

FORTU. *(Con ansiedad.)* ¿Qué?...

MAURI. Que te quemas. Que le tiés mu cerca..., mu cerca...

FORTU. ¡Quita, quita, no me vengas con cuentos!

MAURI. ¡Vaya!... Como el mozo es tan listo y ejecutivo, te ha armao una trampa en la que vas a caer... ¡Como que ya has metío la patita!

FORTU. ¿Yo?

MAURI. Sí... Saberás que ha alquilao el cuarto de al lao... Lo ha tomao por cuenta de él esa señora que tié tanto empeño en intimidar contigo.

FORTU. ¿De veras?

MAURI. Y la Patricia, esta criá que tiés, te vende. Está por ellos.

FORTU. ¿Y él viene ahí?

MAURI. Desde hace unos días ahí le tiés perene. Te ve entrar..., salir..., hablar... Siente tu respiración... Ahí está, que da lástima verle. Pero como no ha querío comprometerte, y viene mu formalito...

FORTU. ¡Dios mío, tan cerca de mí, y yo sin sospechar nada!

MAURI. ¿Quién te había de decir a ti que tus suspiros tenían que recorrer tan poco camino pa encontrarle a él?... Vaya, abur, me voy.

FORTU. No; aguarda...

MAURI. No pueo. Mañana volveré. Adiós. *(Mutis izquierda.)*

FORTU. *(Después de haber estado pensativa un momento.)* ¡Patricia!

PATR. ¿Llamaba usté?

FORTU. Atranque la puerta. Tengo miedo.

PATR. ¿Miedo?... ¿Y de qué, señora?...
FORTU. ¡Atranque la puerta!
PATR. *(Aparte.)* (¡A buena hora!) ¿Y quién le dice a usté que hasta con la puerta atrancá *él* no puea entrar?
FORTU. *(Alarmada.)* ¿Ha oído?... ¿Quién hay en casa?
PATR. Ladrones no serán. Esté usté tranquila. *(Mutis.)*
FORTU. Pero... *(Aparece en la puerta Juanito Santa Cruz, que avanza hasta Fortunata y la estrecha en un apasionado abrazo.)*
JUAN ¡Nena!... ¡Nena mía!...
FORTU. ¡Nene!... ¡Bendito Dios!... *(Desfallecida por la emoción; cae en brazos de Juan.)*
JUAN ¡Nena, me muero por ti!... ¡Qué bonita estás!
FORTU. Chí.
JUAN ¡Pero que muy retebonita!
FORTU. Chí. Para ti. Y tú... ¡qué guapo estás!...*(Le lleva al lado del balcón y se sientan cerca uno del otro.)*
JUAN ¡Tres años sin verte!
FORTU. ¡Tres años!... No; más, porque... *(Con risa nerviosa.)* ¡Ji, ji, ji!... ¿Ves cómo tiemblo?... No sé lo que me pasa... Pues sí; más tiempo, porque cuando estuve aquí con el de las ferias, te vi y no te vi... ¡Y siempre delante de él! Un día le dije que te quería, y sacó un cuchillo muy grande para matarme... Yo muriéndome por hablarte. Nuestro nenín, muerto... Y yo..., más muerta que viva, y en Barcelona me acordaba de ti y te mandaba besos por el aire... Y en Zaragoza, besos por el aire... ¡Ji, ji, ji! Y en Madrid, lo mismo; y cuando me metieron en el convento, ¡también!... Y tú sin acordarte de mí...
JUAN ¡Sin acordarme! Desde que volví de Valencia te estoy dando caza... ¡Más maldiciones le he echado a ese dichoso convento!...
FORTU. *(Muy nerviosa, no cesa de reír. De pronto, en una brusca transición psíquica, comienza a llorar.)* ¿Y yo?
JUAN ¡Ea, no es noche de llorar, nena! Ya sé que te has casado. Has hecho bien.
FORTU. *(Pausa. Contrariada.)* ¿Y por qué he hecho bien?

JUAN Porque así tienes un nombre, y eres libre. He oído decir que tu marido es un buen chico... ; pero que ve visiones...

FORTU. ¡No me hables de él, por Dios!

JUAN ¡Cómo te he buscado! Cuando supe que habías venido a Madrid me entró un edlirio!... Yo tenía contigo una deuda del corazón, y el cariño que te debía me pesaba en la conciencia. Me volví loco, te busqué como se busca lo que más queremos en el mundo...

FORTU. Sí, sí. Lo he sabido. ¡Dios te lo pague!... Pero qué guapo, qué guapo estás.

JUAN ¿Pues y tú? Estás preciosísima. ¡Mucho mejor que antes!

FORTU. ¿Lo dices porque me he civilizado algo? Poco ha sido. Soy lo que tú decías: pueblo.

JUAN ¡Me parece mentira que te tenga a mi lado, que pueda pedirte perdón por todo el mal que te he hecho!

FORTU. ¿Perdón? ¡Quita allá! Si me quieres, ¿qué me importa lo pasado?

JUAN ¿De verdad?

FORTU. *(Besando la cruz.)* ¡Por éstas!

JUAN ¿Vives bien, nena?

FORTU. *Ahora...* ¡en la gloria!

JUAN ¿No deseas nada?... ¿No te hace falta nada?

FORTU. Nada. Sólo tú.

JUAN Sin embargo, yo quiero hacerte un regalo.

FORTU. ¿Para qué te vas a gastar el dinero? Que eres rico y te sobra es lo que me apena. Más me gustaría que fueses pobre y yo tuviese que trabajar para ti...

JUAN ¡Vaya por donde te ha dado! Te regalaré un vestido.

FORTU. No me lo pondré.

JUAN Unos zapatos.

FORTU. Tampoco.

JUAN ¡Nada, enteramente primitiva! ¿No me guardas rencor?

FORTU. Ninguno, nene.

JUAN ¡Salada! *(Aparece Patricia, tosiendo discretamente para advertirles su presencia.)*

PATR. Ahí está su amiga, Aurora la Samaniega.
JUAN *(Sobresaltado.)* ¿Aurora Samaniego?
FORTU. Dile que no estoy en casa.
PATR. Es que ha oído hablar.
JUAN *(Aparte.)* (¡Qué oportuna!) *(Sale Fortunata a recibirla.)*
AURO. *(Desde dentro, al mismo tiempo que se presenta.)* Si estás muy atareada, no lo dejes por mí. He venido por tu barrio a entregar y he subido a saludarte. *(Se presenta en escena. Es una muchacha de veinticinco años. Es viuda y viste de luto; pero no un luto reciente. Llega muy afable, mas al ver a Juan quédase sorprendida y se torna fosca y sombría. A Juan.)* ¿Usted... aquí?...
JUAN *(Azorado, tendiéndole una mano.)* Sí... Pasaba... Subí a saludar a Fortunata...
AURO. Ya... ya...
FORTU. ¿Os conocíais?
AURO. *(Irónica.)* Sí... ¿Quién no conoce a este... señor?
JUAN Nos conocemos hace tiempo... Aurora... hace ropa para casa...
AURO. Sí... Sí... Eso...
FORTU. ¡Siéntate, mujer; cuántas ganas tenía de verte!
AURO. *(Displicente.)* Tengo mucha prisa... Ahora que recuerdo..., tengo que llevar esta noche unas prendas... a la señora del señor Santa Cruz... *(Se sienta. Juan la mira receloso.)* Además... tendrán ustedes que hablar...
FORTU. No...
AURO. ¿Y tu marido?... ¿Tan... tan... bueno?
FORTU. Regular. A la botica ha ido. ¿Trabajas mucho?
AURO. No hay más remedio. Desde que murió mi padre, la botica en manos de un regente, deja poco. Y eso que Ballester defiende bien el negocio y que tu marido inventa cada específico que, según él, es una maravilla. Pero nadie los pide.
FORTU. Hija, no es culpa suya. No estaréis muy disgustadas con él, que bien trabaja.
AURO. ¡Pchs!...
FORTU. ¿Te casas, Aurorita?
AURO. ¡Sí, sí!... ¡Buenos están los hombres! Difícil

resulta para una soltera encontrar un hombre que sea persona decente ; pero una viuda es que no encuentra más que desahogados que la inviten a cenar... ¡ Los hombres !... ¡ ¡ ¡ Falsos ! ! ! Todo lo que dicen .. ¡ mentira !... *(Mirando a Santa Cruz.)* ¡ No hay más que canallas !... ¡ No hay más que sinvergüenzas !... Vaya, recuerdos a tu marido.

FORTU. Adiós, hija. *(Mutis, seguida de Fortunata.)*

JUAN *(Solo.)* ¡ Me la he ganado !... ¡ Me la he buscado !

FORTU. *(Regresando.)* Pero ¿qué le pasará a esta chica?... Algo le debe ocurrir... No sabía yo que os conocíais...

JUAN Sí... *(Pausa.)*

FORTU. ¿Te has quedado pensativo?... ¿Crees que dirá algo a tu mujer?...

JUAN ¿A mi mujer? No. Es discreta... ¿Tienes tú mucha amistad con Aurora?

FORTU. Bastante. Nos visitamos mucho. Como él está colocado en la botica de la madre de Aurora... *(Transición.)* Y tu mujer, ¿continúa con su manía de tener hijos?

JUAN Sí. Aquello es incurable.

FORTU. Oye : se me ocurre una idea.

JUAN ¿Cuál?

FORTU. Vas a reírte. Pero es una idea que puedes proponer a tu mujer : que ella me dé su marido y yo le doy un hijo. Total : cambiar el nene chico por el nene grande. *(Ríe.)*

JUAN ¡ Qué cosas se te ocurren ! *(Ríe forzadamente.)*

FORTU. Pues mira, tú te reirás todo lo que quieras, péro esto es una gran idea... *(Oyese como un portazo, y Fortunata se sobresalta. Escuchan alarmados, y se aterran al oír la voz de Maximiliano.)*

MAXIM. *(Desde dentro.)* ¡ Yo quiero venir a mi casa cuando quiera !

PATR. *(También desde dentro.)* Pero ¿es que se ha puesto malo?

FORTU. ¡ ¡ Es él ! !

JUAN ¡ Tu marido ! *(Colócase Juan delante de Fortunata para ampararla con su propio cuerpo. Apa-*

rece Maximiliano, que al ver a Juan intenta arrojarse sobre él, al mismo tiempo que le increpa.)

MAXIM. ¡ Canalla ! ¡ Indecente !... ¡ Te voy a matar, y a ella también !...

JUAN ¡ Estúpido !... ¡ Escuerzo !... ¿ Quieres que te patee ? *(Lo tira al suelo.)*

MAXIM. Partirte el corazón es poco. ¡ Asesino !... ¡ ¡ Ca... na... lla ! ! *(Un súbito ataque cerebral le hace caer pesadamente al suelo. Fortunata, horrorizada, se oculta la cara con las manos.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Es de día. Cuarto modesto de una de esas colmenas humanas llamadas «casas de vecindad». Puerta al foro que da a un corredor sobre un patio. Dos practicables a derecha e izquierda primer término, con sendas cortinas de percalina roja. En la izquierda, segundo término, otra practicable, que se supone a la entrada de la cocina y no tiene cortinas. Camilla, sofá, lámpara de petróleo. Cuando sube el telón, Fortunata parece sentada en el sofá, y Severiana va y viene de la derecha segundo término a la cocina y viceversa, trayendo y llevando algunos cacharros de los que se suelen usar cuando se asiste a algún enfermo : pistero, tazas, frascos, etc., etc. Por el corredor cotillean algunas vecinas, y de vez en cuando algún arrapiezo se asoma por el foro, curiosea y vase.

SEVER. Usté disimulará, señorita, que la deje tan sola ; pero hay que adecentar esto para cuando venga el Viático. Doña Guillermina ha pasao al otro corredor a ver a otro enfermo, y si vuelve y ve esto sucio, me va a chillar.

FORTU. Siga usted con sus quehaceres, Severiana. ¿ Quiere usted que la ayude? *(Levántase.)* Deme la escoba y barreré esto.

SEVER. ¡ Huy, por Dios ! ¡ Quite usté allá ! ¡ No faltaría más ! ¿ Su tía doña Lupe ha quedado en volver?

FORTU. Seguramente, a la hora del Viático estará aquí. Ha ido a dar una vuelta por casa.

SEVER. ¡Qué nochecita ha pasao! Yo no quería que se quedase a velar; pero aprecia tantísimo a mi hermana Mauricia que...

FORTU. Me ha dicho mi tía que creyó esta noche que no salía de uno de los ataques.

SEVER. ¡Lo que hace la bebía, señorita! Cuando le da el toque... digo, ya lo ha visto su tía: cuatro mujeres no bastan a sujetarla. El vino la mata, y el vino la hace vivir. Ultimamente ya no probaba bocao, y si tomaba el caldo, es porque se lo dábamos con jerez, y si comía una tostadita, porque se la dábamos empapada en horchata de cepas. De vez en cuando paece que se muere, y sólo con oler el coñá, resucita. ¡Una perdición!

FORTU. ¿Y cuándo le darán el Viático?

SEVER. Pues pronto; de aquí a un ratito, en cuanti esto esté aseao y la doña Guillermina avise al padre Nones. ¡Qué señora! Esa sí que es una madre de los pobres. ¿Pues y su amiga?...

FORTU. ¿Cuál?

SEVER. La señorita Jacinta, la que tié recogía a la Adoración, la niña de la Mauricia. Otra que tal. ¡Más buena también!... *(Llega muy presurosa Guillermina por el corredor. Al ver a Fortunata se dirige a ella. Severiana ha desaparecido derecha segundo termino.)*

GUILL. ¡Hola, buena pieza! Mírese en ese espejo. *(Por Mauricia.)* Y aprenda a arrepentirse.

FORTU. Sí, señora; sí.

GUILL. ¿Y qué?... ¿Qué tal marchan ahora?

FORTU. ¡Ay, señora; mi vida es un calvario! El pobre Maxi está loco perdío, ¡lo que se dice perdidito! Le ha dao por leer tiologías empingorotás, y está como una cabra.

GUILL. Pero usted es la que tira al monte. Ya me he enterado de que ¡otra vez! ¡Con el señor Santa Cruz! ¡No tiene usted perdón de Dios! ¡Es usted incorregible! ¡Con un marido como el que tiene, que es la misma bondad!...

FORTU. ¡Ya, ya!... ¡Qué marido!... A todas horas hablándome de la liberación (eso de la liberación

es quitarse del medio atizándose una dosis de veneno).

GUILL. Es que usted es capaz de volver loca a media humanidad. Bien, bien; yo no he venido aquí a sermonearle a usted. Otra persona necesita de mí con más urgencia. ¡Severiana!

SEVER. *(Que sale de la derecha segundo término.)* ¿Qué manda usted, señorita?

GUILL. ¿Cómo va esto?

SEVER. Se va adecentando.

GUILL. Pues iremos preparando el altar. ¿Hay flores?

SEVER. El vecino del seis, que es no sé qué de la Villa, ha prometido traer rama de pino y hojarasca. Ahí tengo yo flores de trapo, ¿sirven?

GUILL. Mejor serían naturales. ¿Y el portal, está barrido? ¡A ver, la portera, que lo barra, y si no bajaré yo a barrerlo! *(Asomándose al mirador porque ha oído gritería infantil.)* ¡Eh, niños, es preciso que haya compostura, que va a venir Dios a esta casa! *(Vuelve a escena.)*

PORT. *(Que llega por el foro con Leopardi, artista italiano; éste con un siete en la trasera del pantalón que permite verle el calzoncillo.)* ¡Ya véis, gateras, lo que vus dice la señorita: que vus estéis quietos y callaos o vus llevarán a la cárcel! Buenos días, señorita.

GUILL. Buenos días, portero.

PORT. ¿Qué tal sigue la enferma?

GUILL. Muy mal..., muy mal.

PORT. Pobrecilla, ya no volverá a correr mantones de Manila.

GUILL. ¡Ha corrido bastante!

PORT. ¡Ha trabajao más!

GUILL. ¡Y ha bebido más!...

PORT. Este amigo...

LEOP. Servitore... Leopardi... Artista disgrasiatto...

PORT. Me ha dicho que si la señorita quiere, se pondrá en la escalera para tocar la Marcha Real cuando pase el Santísimo. ¡Toca el trombón!

GUILL. ¡Ave María Purísima! ¡Nada de eso! Cuando mejore, si es que mejora, toca usted hasta la Marsellesa, si quiere.

LEOP. Artista disgrasiatto..., no ocultto mi probettsa..., no oculto mi desgratsia... *(Vuélvese.)*

GUILL. No oculta usted nada. Ya lo veo. Vaya usted esta tarde a mi casa, que le porporcionaré unos pantalones.

LEOP. Moltto agradetsido, signorina.

GILL. Oiga, portero. Llame en todas las puertas y diga a las vecinas de mi parte que cuando suba el Santísimo la que tenga velas que las saque y la que tenga flores o tiestos bonitos que los ponga en el corredor. Y a ver si salen peinadas... Y a la señora Nemesia, que si va a salir con esas alpargatonas llenas de aguieros que lleva, el Señor le agradecerá más que no salga.

PORT. Pues no va a salir ninguna. *(Mutis del portero y Leopardi foro.)*

GUILL. ¡Severiana! *(Aparece Severiana.)* Yo voy en un momento a la parroquia y avisaré al padre Nones. Vaya usted preparando la habitación, que en seguida volveré yo y pasaré revista. ¡Ah, el cordial! ¿Ha tomado el cordial Mauricia?

SEVER. No, señorita.

GUILL. ¡Pero, mujer de Dios, le toca ya! *(Va Severiana a la cocina y vuelve con una taza en un plato.)* A ver... ¡Esto está muy caliente! *(A Fortunata.)* ¡Usted, criatura, haga algo bueno en su vida! Vaya enfriando esto y déselo a Mauricia. Vuelvo pronto. *(Mutis foro. Fortunata comienza a enfriar la pócima.)*

FORTU. ¡Qué señora; es una pólvora!

SEVER. ¡Y qué buena es!

FORTU. ¡Ya, ya!... Yo quisiera parecerme a ella.

VEC. 1.ª *(Llega con cadeneta de papel de colores.)* Aquí traigo esto por si sirve, señá Seve.

FORTU. Ya lo creo que sirve; lo colocaremos en el cuarto de Mauricia.

VEC. 2.ª *(Con una estatua de escayola de Diana Cazadora.)* Esto estará muy bien y adornará. Es una estauta de Diana. *(Deja sobre la silla la estatua.)*

SEVER. ¿Tenéis flores? *(Fortunata pasa al cuarto de Mauricia con la taza.)*

VEC. 1.ª Quizá haiga alguna en casa.

SEVER. Pues traémelas. *(Mutis de ambas vecinas.)* ¿Sabe usté, señorita, quién es ésta de la cadeneta? Pepa, la Lagarta, que dicen que mató a su marido con una aguja de coser serones.

FORTU. *(Desde dentro.)* ¡Jesús!

JACIN. *(Que llega por el foro.)* Buenos días, Severiana.

SEVER. Buenos los tenga usté, señorita.

JACIN. ¿Cómo está la enferma?

SEVER. Usté verá a ver: dentro de un ratito se la va a suministrar... Estoy aseando tóo esto.

JACIN. Pues siga usted. Por mí no lo deje. *(En voz más baja.)* No he traído a Adoración conmigo por evitarla un mal rato. Al fin y al cabo, es su hija...

SEVER. Ha hecho usted mu bien.

JACIN. ¿Y la señorita Guillermina?

SEVER. Ha salío a la parroquia y de seguía vuelve. Voy a echar una mano, que están dándola una medicina. *(Pasa a la derecha segundo término. Fortunata sale de la misma con la taza. Al ver a Jacinta no puede disimular su sorpresa.)*

FORTU. *(Aparte.)* ¡Dios!... ¡Ella!... *(Deja la taza en la cocina y reaparece. Va a sentarse en el sofá. Aparte.)* ¡Sí; es esa mona golosa!

JACIN. *(A Fortunata.)* ¿Se ha quedado dormida?

FORTU. Sí.... se... ñora...

JACIN. Pues esperaré un poquito a ver si despierta. *(Pretende sentarse en una silla, y al sentirse vacilar en el asiento se levanta.)* ¡Ay, esta silla flojea! *(Y se sienta en el sofá, junto a Fortunata.)* ¿Está preparado ya el altar?

FORTU. *(Muy turbada.)* Se estaba preparando.

JACIN. ¿Sabe usted cómo está el enfermo del otro corredor?

FORTU. No..., señora...; no...

JACIN. Tengo que pasar a verle. ¡Pobre hombre!

SEVER. *(Desde dentro.)* Señorita Jacinta, si tuviera usted un pantalón del señorito para el italiano...

JACIN. Miraré...

FORTU. Si no tiene usted, yo traeré un pantalón de mi marido...

JACIN. ¿Tiene usted niños?

FORTU. No, señora.

JACIN. *(En un suspiro.)* ¡Yo tampoco! Pero me gustan tanto, que tengo verdadera manía por ellos...

FORTU. Ya..., ya...

JACIN. Los ajenos me parecen que debían ser míos, y, créalo usted, no tendría escrúpulo de conciencia en robar uno, si pudiera.

FORTU. Pues... yo también..., ¡si pudiera!...

JACIN. ¿Pero es que se le han muerto a usted o que no los ha tenido?...

FORTU. Tuve uno..., ya va para cuatro años...

JACIN. ¿Y en cuatro años no ha tenido usted más que uno? ¿Qué tiempo lleva usted de matrimonio? Y perdone mi indiscreción.

FORTU. ¿Yo? *(Vacilando.)* Cinco años. Yo me casé antes que usted.

JACIN. ¡Antes que yo!

FORTU. *(Nerviosa e incoherente.)* Sí..., sí, señora...; sí. Pues... decía que tuve un niño y se me murió... Sí, señora..., sí..., y... ¡si me viviera!... Le digo a usted que... *(Y diciendo estas últimas palabras, fija la mirada en Jacinta de tal modo, que ésta se amedrenta y se separa un poco de Fortunata. Pausa, durante la cual, Fortunata sigue mirando a Jacinta. De pronto la atenaza por un brazo, y con una sonrisa en que exterioriza toda su ira, le dice en voz baja:)*

FORTU. ¡¡Soy Fortunata!!

JACIN. *(Soltándose de un tirón.)* ¡Ay!

FORTU. ¡For...tu...na...ta! Ya sabemos que tié usted un sin fin de perfecciones. Poco falta para que lo canten los ciegos. Si estuviéramos como usted entre personas decentes y bien casaditas con el hombre que nos gusta, seríamos lo mismo. Vaya, que el mérito no es tan del otro jueves, ni hay motivo para tanto bombo y platillo. Y si no, venga usted a mi puesto, al puesto que tuve desde que me engañó..., y entonces veríamos las perfecciones que nos sacaba la mona ésta.

JACIN. ¡Ay, Dios mío! ¡Está loca! ¡Loca! *(Jacinta, levantándose, huye despavorida por el foro. Fortunata, en voz más alta, la increpa.)*

FORTU. ¡Te cojo y te revuelco!..., porque si yo estuviera donde tú estás, sería... mejor que tú; sí, ¡mejor que tú! ¡Mucho mejor! *(Y acongojada cae en el sofá.)*

CUADRO SEGUNDO

Es de día. Comedor de la casa de Guillermina Pacheco, con los mismos huecos que el de la casa de la familia Santa Cruz, en la primera acotación del acto primero. Por las paredes cuadros de asuntos religiosos. Al subir el telón, Guillermina y Jacinta examinan, junto al balcón, unos planos.

JACIN. Va a ser magnífico el asilo. De verdad que merece usted que todos la ayudemos.

GUILL. Por los planos verás que la distribución del terreno no puede ser más acertada.

JACIN. Hoy hablaré a Juan de lo que me ha dicho usted, y creo que por lo menos mil duritos sí le saco.

GUILL. Dios te oiga, hijita. *(Campanillazo dentro.)*

JACIN. Me paso a mi casa.

GUILL. Espera a ver quién es... ¡Ah! ¿Hoy es lunes?...

JACIN. Sí.

GUILL. ¡Qué memoria la mía!... Mira, Jacintita, no quería decirte nada hasta luego... Es que tengo citada aquí a... *esa mujer...*

JACIN. ¿Es posible? ¡Oh!... Pues no me voy.

GUILL. Es preciso, Jacintita. Yo te avisaré por el mirador cuando se marche.

JACIN. Que no me voy.

GUILL. ¿Pero vas a estar presente?...

JACIN. No; entraré en su habitación...

GUILL. No, hijita, no. *(Aparece por el foro una criada.)*

CRIADA Una joven desea ver a usted, señorita Guillermina.

GUILL. Que pase. No, aguarde. *(A Jacinta.)* Vaya, entra en mi habitación. ¡Pero, por Dios, no demos un escándalo! Bastante tenemos con lo del otro día.

JACIN. *(Muy emocionada.)* Descuide usted. Sabré reportarme. *(Mutis a la derecha y cierra tras sí la puerta.)*

GUILL. *(A la criada.)* Que pase esa mujer. *(Mutis foro de la criada.)*
FORTU. ¿Se puede pasar?
GUILL. Pase usted, desgraciada; pase usted.
FORTU. Como la señora me ha enviado a decir que quería verme... ¿Cómo está la señora?
GUILL. Estoy... que no salgo de mi asombro... Estoy... que no me explico cómo Dios, en su tremenda justicia, no envía un castigo ejemplar a las criaturas tan perversas como usted ¿Conque se la tiene a usted tres meses en las Micaelas, se procura redimirla, aconsejarla, encauzarla por el bien, y cuando sale usted es para dar el escándalo mayúsculo que ha dado?
FORTU. Señora, yo he terminado ya con Juanito.
GUILL. Usted es una mala mujer, nada más; una criatura perversa e incorregible que a los poquitos días de casada ha vuelto a caer... ¡con el mismo hombre que fué el causante de su perdición! ¡Estará usted satisfecha! Su marido tuvo que dejarla... ¡Claro!...
FORTU. Le dejé yo... porque no podía seguir ya en aquella casa.
GUILL. ¡Naturalmente! No era usted digna de estar allí... ¡Vaya! ¿Usted se da cuenta de la enormidad de su pecado? Faltar a la fidelidad jurada ante Dios a su marido..., entretener a un hombre casado y... exponerse a llevar al hogar conyugal un hijo adulterino... ¡Menos mal que no le ha habido!...
FORTU. Esta vez, no, señora; pero... un hijo..., un hijo ya lo tuve...
GUILL. Bueno, ¿y qué? ¡Ufánese todavía!
FORTU. Quiero decir que podía haberle... Pero no le habrá... Me engañó... Me dejó otra vez... Ahora, señora, he tenido que aceptar la protección de un hombre...
GUILL. Lo sé. Un tal señor Feijóo, coronel retirado... ¿Soltero?
FORTU. Sí, señora. Y me aconseja muy bien. Me dice que vuelva con Maxi... Y él mismo lo está gestionando.

GUILL. Bueno, bueno. No necesito saber nada...
FORTU. Es que...
GUILL. Es que ¿no pretenderá usted colocarme el séptimo capítulo de su novela? Porque éste *es el séptimo*...
FORTU. ¡El sétimo, sí, señora!
GUILL. Lo que dudo es que su marido la admita a usted en su casa... ¡Es mucho... pecar el de usted!
FORTU. Me admitirá, porque doña Lupe le dirá que me admita. ¿No ve usted que la he entregado mil duros que me ha dao el señor Feijóo para que me los administre, sin exigirla recibo.
GUILL. ¡Mil duros!
FORTU. Pa doña Lupe, hoy en día soy una santa.
GUILL. ¡Dios me valga! *(Pausa.)* Y hablando del señor Santa Cruz... ¿Por qué no se determina usted a mandarle a paseo? ¡No comprende que usted no es más que un capricho de ese hombre!
FORTU. ¡Un capricho! ¡A mí me ha jurado que yo era lo primero para él!
GUILL. ¡Vaya! ¿Pretenderá usted que la prefiera a su esposa, que es una santa?
FORTU. Pero yo le di un hijo... y puedo darle otro.
GUILL. ¡Cómo!... ¿Ahora salimos con esas?... ¿Ha querido usted decir?...
FORTU. ¡Dale! Yo siempre quiero decir lo que digo: que puede haberle. ¿No tuve uno?... Pues de la misma manera puede venir otro. Esto, ella... no puede decirlo.
GUILL. Pero ¿qué cosas dice usted?
FORTU. Las que me salen de entre mí... Si le parece mal, me callo.
GUILL. No, no. Hable usted; pero es que tiene usted una sinceridad, hija.
FORTU. Yo no sé decir las cosas de otra manera que como son. Yo no sé leer ni escribir...
GUILL. Ni maldita la falta que le hace para... expresarse con toda claridad. Pero ya que es usted tan ingenua...
FORTU. Tan... ¿Qué?
GUILL. Tan ingenua.
FORTU. ¿Y eso qué es?

GUILL. Tan franca, quise decir. Ya que dice usted cuanto siente... vamos a ver: ¿por qué resolvió usted casarse con don Maximiliano Rubín?

FORTU. Yo no lo resolví. Fué él, y yo dije: ¡bueno! Yo quería ser decente.

GUILL. Me parece que tiene usted de la decencia un concepto equivocado...

FORTU. Le diré a usted que yo no contaba con volver a ver a Juanito... Pensé que no se acordaba ya de mí... Yo quiero ser honrada... Ahora... si él me busca... Yo no sé explicarlo... Yo no sé explicárselo...

GUILL. Pero ¿y su conciencia?

FORTU. ¡Mi conciencia!... ¡Eso sí que es raro!... No se me alborota cuando recuerdo que pequé con él... ni cuando pienso que puedo volver a pecar. Le diré a usted más aunque se horrorice: mi conciencia me dice una cosa atroz: que mi verdadero marido...

GUILL. ¡Calle, cállese, por Dios!

FORTU. Pero aguárdese usted. A mí me había dado palabra de casamiento. ¡Como esta luz! Y me la había dado antes de casarse él..., y yo había tenido un niño..., y a mí me parecía que estábamos atados los dos para siempre, y que lo demás..., ¡ni su matrimonio!, no valía para nada. Eso es.

GUILL. ¡Esto es muy grave! Cierto que una promesa liga algo... No sostendré yo que ese hombre se portó bien con usted... Pero los derechos que usted podía tener los ha perdido con su mala conducta.

FORTU. Yo no habría sido mala si él no me hubiese plantado en el arroyo con un hijo dentro de mí.

GUILL. Usted no se hace cargo de que ese hombre está casado con una mujer angelical y que...

FORTU. ¡Angelical!... Todo lo angelical que usted quiera; pero no tiene hijos. Virtuosa..., sí. Estamos en ello; pero no puede darle un hijo. Yo... yo... se lo he dado y puedo volver a darle otro.

GUILL. ¡Por Dios, cállese usted!... ¡Qué atrevimiento! ¡Está usted condenada!

FORTU. Estaré todo lo condenada que usted quiera; pero es mi idea. Con ella me iré al infierno, al cie-

lo... o adonde Dios quiera que me vaya... Porque eso de que yo sea mala..., muy mala..., todavía está por ver. ¿Dice usted que la otra es un ángel? Yo no lo niego. Yo no pretendo quitarle méritos... ¡Sí quisiera yo parecerme a ella en muchas cosas!... ¡En otras, no! Porque no tiene hijos. Y cuando tocan a tenerlos, no me rebajo a ella ni tanto así. Y no los tendrá ya, porque está bien probado. Y por lo que hace a que yo los pueda tener, también muy probado está...

GUILL. ¡Nada, nada! ¡Esta mujer está loca!

FORTU. Aguarde usted, aun falta lo mejor; es una idea que se me ha clavado aquí, aquí *(Señalando a la frente.)*, que me escarba, que no me deja vivir. Es una idea mía, mala, señora; pero que usted, que es una santa, me quitará de la cabeza...

GUILL. *(Dispuesta a levantarse.)* ¡Basta, basta! ¡No quiero escuchar.

FORTU. *(Cogiéndola ambas manos y haciéndola sentarse.)* ¡Que sí quiere!

GUILL. ¿Una idea infame..., la idea de pecar, no es eso?

FORTU. Eso es. Pero verá la señora. Es una idea... Yo quiero echarla de mí; pero no puedo... Creo que no debo echarla... porque pecando, no peco...

GUILL. ¡Jesús!

FORTU. Que así debe ser... Que estaría escrito... Es una idea mía muy negra... Negra como las niñas de los ojos de Satanás.

GUILL. ¡Cállese, por Dios! Jacinta está ahí... en esa habitación. *(Va a una lateral, abre la puerta, y al caer Jacinta—que intenta salir—sincopada en sus brazos, exhala un grito de dolor.)* ¡Jacinta! ¡Jacinta!

FORTU. *(Horrorizada, acudiendo a la misma puerta.)* ¿Muerta, señora?

GUILL. *(Simulando auscultar a Jacinta.)* No..., por fortuna... ¡Márchese pronto que no la vea!

FORTU. *(Marchándose hacia el foro, vacilante y apoyándose en la pared.)* ¡Dios, cuánto le quiere ésta también! *(Desciende rápido el)*

TELÓN

CUADRO TERCERO

Es de día. Estancia de la casa que en la Cava de San Miguel es de nuevo morada de Fortunata. Hay en el foro puerta de entrada al cuarto, que da a un pasillo; en la izquierda, dos practicables con cortinas de percal, y en la derecha, una practicable sin cortina en segundo término, y en primero, una ventana que deja ver tejados y cúpulas en lejanía. Muebles modestos, lámpara para petróleo (que no luce), y entre las laterales de la izquierda, una cuna de mimbres con mosquitero de pabellón. Cuando el telón sube se percibe rumor de gente que habla fuerte afuera y luego el llanto de un chiquillo que se supone está en la cuna.

GUILL. *(Desde fuera.)* ¡No llores, corazón; no llores, que pronto vendrá tu madre! ¡Ay, Dios mío, qué mujer! Baje usted, Estupiñá. Vea usted si viene esa pécora. *(Llora el chico con más ganas.)*

ESTUP. Voy.

GUILL. ¡Tienes razón, rico mío, porque tu madre te ha dejado abandonadito! Pero calla, lucero; aguarda, angel de Dios, no llores más. *(Cesa el llanto.)* ¡Así, mi vida, así! ¡Qué alma de mujer! ¡Ay, tengo el genio tan vivo, que echaría abajo la puerta, cogería el niño y le daría de mamar! Bueno, le daría..., le entretendría hasta que viniera su madre. *(Dentro se oye la voz de Estupiñá, que dice:)*

ESTUP. Dese usted prisa, mujer; su hijo llora.

GUILL. ¡Ah, ya está aquí! Espere usted en la portería, Estupiñá. ¡Abra usted, mujer de dios, mala madre! *(Abrese la puerta y penetran Fortunata y Guillermina. Fortunata, que llega de la calle con pañuelo de crespón, se dirige derecha a la cuna y simula besar apasionadamente al rorro.)*

FORTU. ¡Hijo de mi corazón! ¡Rey mío!

GUILL. ¿De dónde viene usted, cabra montés?

FORTU. Vengo... de poner en claro una cosa... ¡Si me dejan, doy fin de ella!... ¡Si no me la quitan, me traigo su piel entre las uñas! ¡Indecente! ¡Mala púa!... Decir que mi hijo no es hijo *de él!... (Acércase a la cuna y simula hablar al*

chiquillo.) ¡Pobrecito mío, tan chiquitín, y ya quieren caluniarle!

GUILL. Pero ¿qué ha pasado, mujer de Dios?

FORTU. ¡Envidias! Esa Aurora... la Samaniega..., que ha dicho que mi hijo no es de él. He ido a buscarla al obrador, le he dado una bofetada; le eché después las manos al moño, la tiré al suelo... y me he paseado por todo su cuerpo...

GUILL. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

FORTU. ¡Así aprenderá a no caluniar!

GUILL. ¡Ha hecho usted una barbaridad que le puede costar muy cara! ¡Acuéstese! *(Admirando al chiquitín. Aparte.)* (¡Si Jacinta le viera! ¡Qué hermoso! ¡Qué angelote! ¡Acataremos la voluntad de Dios! ¡Y es el padre..., el sinvergüenza del padre todo él! Ahora no hay duda...) *(A Fortunata.)* Pues a alimentarse y a no hacer disparates. ¡Me dió usted palabra ayer de obedecer al médico, y a los tres días de echar al mundo ese ángel... se ha largado usted a la calle! Venía a hablar con usted...; pero volveré. Acuéstese; está muy excitada. *(Mirando al chiquillo. Aparte.)* (¡El pituso legítimo!) *(A Fortunata.)* Si necesita usted algo, si no puede criar, no se apure. Le pondremos un ama a este caballerito, que me parece no ha de hacerle ascos. Es preciso criarle bien.

ORTU. Yo puedo, y pudiendo, quiero criarlo yo. *(Penetra por el foro Maximilianc, que, sin producir ruido y ser visto, se sienta en un rincón.)*

UILL. Ahora, tranquilidad, y no olvide que tenemos que ajustar cuentas atrasadas... Bajo al principal y vuelvo. Voy a ver a un enfermo. Hablaremos luego, cuando esté usted menos excitada. *(Mirando al rorro.)* ¡Enteramente clavado a su padre! *(Mutis foro, sin reparar en Maximiliano.)*

ORTU. ¡Y tan clavao! Ella podrá decir que es su mujer legítima...; pero en lo tocante a lo demás..., ¡humo!... ¡Angel mío! ¡Qué dormidito está! *(Al ver a Maximiliano, horrorizada, al mismo tiempo que protege con su propio cuerpo la cuna*

del hijo.) ¡Oh! ¡Ampárame, Virgen de la Paloma!

MAXIM. *(Poniéndose en pie y sin que se advierta en él algún signo de hostilidad contra Fortunata.)* Lo sé todo. Doña Desdémona, esposa del doctor Quevedo, que te ha asistido, gran amiga de mi tía, nos hizo ir ayer a su casa a pretexto de enseñarnos su hermosa pajarera, y al despedirnos dijo a mi tía: «La pájara mala sacó ayer pollo... Un polluelo hermoso..., con toda felicidad.» La pájara eras tú. Lo sé todo. Lo he sabido por mi propia razón... Ahora... adivino... ¡*Como me ha entrado* un gran talento!... Otra vez os encontrasteis... y otra vez te dejó... Estás equivocada si crees que vengo a reñir. Esa idea estúpida voló.

FORTU. ¿Y a qué vienes?

MAXIM. A compadecerte y a hacerte un gran bien... Porque yo perdí la razón; pero he vuelto a adquirirla; tan completa, que en este momento estoy más cuerdo que tú. Por lo que voy a decirte comprenderás que mi cabeza está tan buena como nunca lo estuvo. Ya, entre tú y yo, no puede haber nada. Nos casamos por debilidad tuya y equivocación mía.

FORTU. Es verdad.

MAXIM. Yo te adoraba. Tú a mí, no. Tenía que venir lo que vino. Yo me volví loco; tú, te emancipaste. El disparate que hicimos lo enmendó la naturaleza. Contra la naturaleza no se puede protestar. *(Pretende acercarse a la cuna y Fortunata se interpone.)* ¡Sé lo que hay ahí! ¡Pobre niño!... ¡Dios no ha querido que seas mío!...

FORTU. ¡Vete, Maxi!...

MAXIM. Te repito que no vengo a hacerte daño, sino a traerte lecciones tremendas que da Dios a las criaturas... Antes me las dió a mí... Ahora, a ti... ¡Qué malo es estar loco! ¡Cuánto mejor es estar cuerdo, aunque uno, al recobrar el juicio, se encuentre toda la vida destrozada y deshecha! ¿Te admiras de verme como me ves?

FORTU. Sí.

MAXIM. ¿Me sigues temiendo?
FORTU. Por mí no temo nada.
MAXIM. Y nada temas tampoco por tu hijo. ¿Qué derecho tengo yo a estorbarle la vida? Cuando ha venido al mundo, sus razones tendrá. El derecho a nacer es el más sagrado de todos los derechos... ¡Nazcan y vivan nuevos seres, que viviendo aprenderán!... ¡Enséñame a tu hijo!
FORTU. Otro día le verás... Déjale... Está dormidito.
MAXIM. ¿Aun crees que voy a hacerle daño? ¡Hacer daño a una criatura!... ¡Eso no cabe en lo humano! Déjamele ver... y te diré algo que te aprovechará. *(Fortunata le permite acercarse a la cuna, y Maximiliano levanta con mucho cuidado el mosquitero y mira al nene.)* ¡Se parece a tu verdugo!... Lo malo no perece nunca; la maldad engendra, y los buenos se aniquilan en la esterilidad... No necesitas decirme que el padre no te hace caso... Lo sé... Ni ha venido a verte... Ni vendrá.
FORTU. ¡Quién sabe!
MAXIM. ¡No vendrá, no!... Tengo mis razones para asegurar que no vendrá.
FORTU. Ni falta que me hace.
MAXIM. Dices bien: ni falta. Ese hombre tiene otros entretenimientos. Ni de su mujer, ni de ti, ni de su hijo se acuerda para nada, porque le trae loco...
FORTU. ¿Otra mujer?
MAXIM. Otra mujer a quien tú conoces.
FORTU. ¡Déjame en paz!
MAXIM. Te repito que ese hombre está enamorado de otra mujer. Te hiero para sanarte. La lección es terrible. Y te voy a decir quién te lo roba. Es una amiga tuya.
FORTU. ¿Amiga mía?
MAXIM. Aurora...
FORTU. ¿Aurora?
MAXIM. Ella es.
FORTU. ¡Tú me engañas!...
MAXIM. ¡Te digo que es cierto!
FORTU. ¡Estás más loco que antes!

MAXIM. *(Imperturbable.)* ¿Quieres pruebas?...

FORTU. ¡ Sí !

MAXIM. Cuando Aurora sale de su taller, él la espera en la calle de Santo Tomás, y van juntos hacia la del Ave María. Los domingos dice ella en su casa que tiene que ir medio día al taller, y adonde va es... ¡ Los he seguido !

FORTU. ¡ Calla !

MAXIM. ¿Qué querías? ¿Herir y que no te hirieran? El mundo es así : hoy tiras tú la puñalada, y mañana eres tú quien la recibe. ¿Dudas todavía?

FORTU. Te juro que si es verdad... no se ha de reír de mí... ¡ La mato !...

MAXIM. ¡ No favorezcas a tu enemiga ! Si la maltratas, le das la victoria sobre ti... El hombre a quien queréis las dos puede que tenga un momento de vacilación al elegir la que definitivamente ha de merecer su amor. Pero si tú la maltratas, si la hieres, ¡ ya no vacilará !

FORTU. *(Repentinamente, como cediendo a una diabólica inspiración, atenaza a Maximiliano por los brazos y anhelante le pregunta:)* Oye : ¿quieres que te quiera yo?... ¿Quieres que te quiera con el alma y la vida? ¡ Di si quieres ! Yo me he portado mal contigo ; pero ahora, si haces lo que te pido, me portaré bien. Seré una santa como tú. Pero has de hacer lo que te diga... ¡ Tú no sabes lo que es una mujer que se muere por un hombre !... ¡ Esa miel no la has catado nunca !... ¿No darías algo por que yo te quisiera como tú me querías a mí?... *(Maximiliano se demuda por la emoción y escucha sugestionado.)* Pero ha de ser con una condición : que busques a esa mala púa y que la mates. *(Saca de la cómoda un billete que da a Maximiliano.)* ¡ Hazlo y no viviré más que para ti !... ¡ Compra el revólver ! Tendremos hijos..., hijos tuyos... *(Déjase caer en una silla. Maximiliano, estrujando en una mano el billete, quédase un momento perplejo, dudando si cumplir la orden de Fortunata, tembloroso, epiléptico. Súbitamente se resuelve a obedecer.)*

MAXIM. ¡Fortunata!... ¿Si te obedezco, me querrás?
FORTU. ¡Siempre!... ¡Siempre!...
MAXIM. ¡Entonces, voy! *(Mutis, muy decidido, foro.)*
FORTU. *(Sola.)* ¡Mátala!... *(Asomándose al foro. Se sienta cerca de la cuna.)*
GUILL. *(Desde dentro.)* Pero ¿adónde va ese hombre como un rayo? ¡Se ha vuelto loco!... *(Entra.)* ¡Oh, Fortunata!... ¿Está usted herida?... ¿Qué ha hecho ese loco?
FORTU. No... se... ño... ra... No... me ha... heri... do... él... ¡Ayyy!
GUILL. *(Acudiendo a ella.)* ¿Qué es eso?... ¿Qué le ocurre?... ¿Se siente peor?...
FORTU. ¡Estoy muy mal!
GUILL. ¡Animo, mujer!
FORTU. ¡Me ha engañado!... ¡Nos ha engañado a las dos!
GUILL. Pero ¿quién le ha engañado a usted?
FORTU. La Samaniega... Me lo ha robado...
GUILL. ¿Qué está usted diciendo?
GUAD. *(Entrando foro muy soliviantada.)* ¿Dónde está Maxi? Estupiñá me ha dicho que le ha visto salir de aquí como una centella... ¿Dónde está?
FORTU. ¡Ha ido a matarla!
GUAD. ¡A matarla, dices?
FORTU. *(Besando la cruz que hace.)* ¡Por éstas!
GUILL. *(Asomándose al foro.)* ¡Estupiñá!... ¡A escape!... ¡Corra, hombre de Dios, corra en busca de Maxi!
GUAD. *(Extrañada, pero sin alarmarse, ni mucho menos.)* Pero ¿a quién tiene que matar eso?
FORTU. ¡Silencio! ¡Una idea!... ¡Qué idea!... ¡Es para mí... la llave del cielo!... No quiero morirme sin hacer a Jacinta una fineza, y le mando a mi hijo, al verdadero Pituso. Este no es falso. ¡Ayyy!
GUAD. *(Muy solícita y cariñosa.)* ¡Animo, que estoy yo a tu lado, hija mía!
FORTU. ¿Querrán a mi hijo?... ¿Le que... rrá... la... se... ñorita... Jacin... ta?... ¿Le querrán... todos?...
GUILL. ¡Claro que sí! ¡Que seas tú, ángel de Dios, quien haga sentar la cabeza a tu padre!
GUAD. *(Entrando.)* ¡Señora, se muere!
GUILL. ¡Fortunata!...
ESTUP. *(Que entra con Maximiliano, nervioso, con la ropa*

manchada de barro y aspecto de haber sostenido una lucha.) ¡ Cálmese usted !

MAXIM. *(No reparando en Guillermina, se sienta vencido, desmudejado, en una silla.)* ¡ No estoy loco, no !... ¡ Ni he matado a nadie, como han creído ustedes al verme correr ! ¡ Pero enciérrenme !... ¡ Lo acepto y me callo, en prueba absoluta de la sumisión de mi voluntad !... ¡ No encerrarán entre murallas mi pensamiento !... *(Al ver a Fortunata.)* ¡ Fortunata ! *(La acaricia. Demudado, completamente loco.)* ¡ Resido en las estrellas ! *(Abatido por el dolor.)* ¡ Pónganme en un palacio o en un muladar... ya... lo mismo me da ! *(Cae en gran abatimiento y desciende lentamente el)*

TELÓN


PM